

# CARTA PASTORAL AL COMIENZO DE CURSO "SI CONOCIERAS EL DON DE DIOS" (Jn 4,10)

---

## I. Introducción. ¿Qué debemos hacer en un nuevo curso pastoral?

1. Queridos diocesanos: Un año más, en el nombre del Señor y confiados en el auxilio de su gracia, que nunca nos falta por pura benignidad de su infinita misericordia para con todos nosotros y para con nuestra debilidad y pobreza, vamos a comenzar un nuevo curso pastoral en nuestra diócesis de Toledo. Sabemos que es Él quien nos guía en todo y que todas nuestras empresas nos las realiza Él, que todo es don y gracia suya, y que sin Él nada podemos hacer. Por eso nos ponemos en sus manos al emprender esta nueva etapa en la vida de la iglesia diocesana, y dirigimos nuestra mirada y esperanza a Él, de quien procede todo bien y que siempre es fiel.

2. Han pasado muchas cosas desde el curso pasado. Por la significación que tienen para nosotros, tal vez podamos resaltar, entre otras: las celebraciones del setenta y cinco aniversario de la coronación canónica de Nuestra Señora de Guadalupe y de los mil setecientos años del martirio de Santa Leocadia, primera santa y mártir de Toledo, con los correspondientes jubileos; la visita de las sagradas reliquias de Santa Teresa del Niño Jesús; la peregrinación el pasado agosto de más de setecientos jóvenes al sepulcro de Santiago en este Año Santo Compostelano; el comienzo de la elaboración del Plan Pastoral Diocesano para los próximos cinco años, que se aprobará y promulgará, si Dios quiere, el día 17 de octubre; la decisión de asumir la atención a la Prelatura Apostólica de Moyobamba, en Perú; la puesta en marcha de la Visita Pastoral a las parroquias, que se prolongará durante cinco años aproximadamente; la peregrinación diocesana de jóvenes a Santiago de Compostela...

Hay, además, cuatro acontecimientos de muy diverso signo e índole que no puedo olvidar al escribiros esta carta. Uno eclesial, en su sentido más estricto: la muerte de nuestro muy querido Cardenal, Arzobispo Emérito de Toledo, D. Marcelo González Martín; y los otros de carácter social, aunque siempre con incidencia eclesial, ya que a la Iglesia no le es ajeno nada de cuanto afecta al hombre: el terrible y execrable atentado del 11 de marzo y el cambio de Gobierno de la Nación, con el triunfo del PSOE en las elecciones generales celebradas el 14 de marzo, y la aprobación de la Constitución Europea.

Al reemprender el camino pastoral o cuando nos disponemos a recorrer un nuevo tramo de su andadura, no podemos dejar de escuchar la voz de Dios que nos habla a través de los hechos, los ya sucedidos, y los que se van a producir, Dios mediante, en los próximos meses; por ejemplo: la puesta en práctica del nuevo Plan Pastoral para nuestra diócesis, la partida de los siete primeros misioneros sacerdotes a la Prelatura de Moyobamba, el ciento cincuenta aniversario de la definición solemne del dogma de la Inmaculada Concepción y la peregrinación nacional con esta ocasión al Santuario de la Virgen del Pilar el próximo abril, el comienzo y celebración del Año de la Eucaristía, convocado por el Papa Juan Pablo II para toda la Iglesia, la conmemoración del quinientos aniversario de la muerte de la Reina Isabel, la Católica, cuya persona y obra han supuesto tanto en nuestra historia, el encuentro mundial de los jóvenes con el Papa en Colonia, y aquellos otros que se produzcan en la sociedad o en la Iglesia; todos ellos hemos de tenerlos en cuenta y no pueden pasar desapercibidos en los actuales momentos.

3. Ante este conjunto de cosas y acontecimientos, ante lo que está sucediendo en el mundo de hoy, ante los momentos tan cruciales que estamos viviendo, claves sin duda para el futuro de la humanidad hacia el que nos encaminamos, nos surge de inmediato la pregunta: "¿Qué hemos de hacer? ¿Qué hemos de hacer la Iglesia y las comunidades cristianas en Toledo? ¿Qué hemos de hacer cada uno de nosotros? ¿Qué hemos de hacer los cristianos aquí, en Toledo?. Podríamos quizá responder de una manera muy concreta y "práctica": "Lo que el Plan Pastoral Diocesano señala para toda la Diócesis y para las parroquias y comunidades".

Siendo esto válido y verdadero, es preciso tener en cuenta que lo que este Plan Pastoral señala es fruto y resultado de la oración y de la escucha de la palabra de Dios, de la meditación y estudio de lo que nos trasmite y enseña la Iglesia para los tiempos que vivimos, de la atención y discernimiento de la voz que Dios dirige hoy a la Iglesia y nos muestra qué es lo que Él quiere,

de la reflexión y comunicación por parte de cuantos han intervenido, de una u otra forma, en la elaboración del presente Plan representados en el Consejo de Pastoral de la Diócesis con su Obispo y Pastor, del seguimiento y aplicación cada vez más atenta del último Sínodo Diocesano de Toledo. Veo, por ello, que es bueno y conveniente que, antes de ofrecer este conjunto de objetivos y acciones para los próximos cinco años en nuestra diócesis, os ofrezca algunas reflexiones, que, sin duda, están en el trasfondo de las propias líneas y orientaciones que el propio Plan Pastoral contempla, y que es la voz que Dios nos dirige a todos.

## **II. Algunas reflexiones sobre el tiempo que vivimos. La cuestión principal que está en juego es el reconocimiento de Dios. Secularización y laicismo.**

4. Vivimos tiempos apasionantes; eso sí, muy difíciles, pero apasionantes; porque son la hora de Dios, la hora de la esperanza que no defrauda, la hora del Evangelio, la hora de la Iglesia, la hora para mostrar, ofrecer, testificar, anunciar el Reino de Dios, Dios mismo, la salvación para el hombre que, en su infinita misericordia y en su inmenso amor, Dios nos ofrece a todos sin excepción como verdadero y real futuro para la Humanidad.

A todos nos dejaron conmocionados los espantosos atentados del pasado once de marzo. Además del terrible mal que originaron por tantos muertos y heridos y tantas familias destrozadas y sumidas en el dolor y en la desolación, con las que nos sentimos muy cercanos y por las que oramos, está, también, cuanto suponen de presencia del mal, de violencia, de pérdida del sentido de Dios y de la vida, por lo poco que importa el hombre, por el "infierno" que reflejan, por tantos interrogantes que suscitan y que afectan al sentido de la vida, de la historia, de la acción política, de ... tantas cosas. De entonces acá he tenido ocasión, como creo que muchos, de pensar y meditar sobre lo que está sucediendo en nuestro entorno. Tengo la sensación como si aquellos terribles sucesos, tan contrarios a Dios y al hombre, hubiesen despertado en muchos casos las conciencias y nos hubiesen hecho caer en la cuenta de lo que nos pasa, dentro y fuera de nosotros, o hubiesen sacado a flote realidades que están ahí, pero que de cuya existencia y alcance no nos estuviésemos percatando suficientemente.

Es verdad que aquellos hechos, aún no esclarecidos del todo, extremos ciertamente y obra de pocos aunque con tanta repercusión y consecuencias, pusieron de relieve a dónde puede conducir la violencia humana, la fuerza de mal que es capaz de desplegar el corazón humano cuando no se deja a Dios ser Dios, cuando se le manipula o falsifica, cuando no cuenta se diga lo que se diga, o cuando el hombre no vale nada a los ojos del hombre, o se le supedita a intereses del tipo que sean. Aquellos hechos nos han hecho ver en toda su crudeza lo inhumano del terrorismo, que tan acertadamente reflejó aquella Instrucción de la Conferencia Episcopal sobre esta terrible lacra de nuestros tiempos modernos. Allí reflejábamos, recordémoslo, los Obispos que, en último término y en el fondo, el fenómeno del terrorismo denotaba la gran ausencia de Dios, por supuesto de los terroristas, pero también de una sociedad en la que puede nacer y crecer como tierra de cultivo tan espantosa realidad.

5. Me lo habéis escuchado muchísimas veces: la cuestión principal que está en juego es nuestros días es el reconocimiento de Dios y vivir ante Él como corresponde a su reconocimiento, es decir, en la adoración y la fe, en el cumplimiento de su querer y en la aceptación de su designio, que es siempre de misericordia y amor en favor del hombre, en alianza y amistad para con todos los hombres, queridos, creados, redimidos y llamados a la salvación por Él. No soy pesimista sobre el momento que vivimos, ni sobre ningún momento de la historia. No puedo serlo en modo alguno por la fe que nos anima: Dios, por amor, nos ha creado y redimido, y su fidelidad es eterna. Tengo la certeza plena, por tantos y con tantos testigos a lo largo de la historia, y por encima de todo, por el Testigo fiel, el Amén de Dios, que es Jesucristo, el Hijo único de Dios venido en carne, que Dios nunca abandona al hombre y que lo ha apostado todo por él, y es leal, jamás nos falla; doy fe de ello en mi pobre vida, pero vida de hombre querida por Dios. Pero aun así, y sin ningún ápice de pesimismo y sin ninguna amargura, se palpan innumerables signos de cómo nuestro mundo se está alejando de Dios, aunque Él, por su parte, está tal vez más cercano que nunca porque más necesita este mundo de su compasión, de su sabiduría y de su amor.

¿Qué significan si no es lejanía respecto de Dios los atentados contra la vida humana, como es el ya citado y execrable terrorismo, o los millones de abortos legales de cada año en el mundo, o la legalización de la eutanasia, o la experimentación y comercio de embriones humanos -

verdaderos seres humanos-, o el negocio de la droga? ¿Qué nos dicen los genocidios, las guerras tan crueles del pasado siglo y de éste, los campos de exterminio nazis, los gulag soviéticos, la esclavitud a la que son sometidos tantos sudaneses, la espantosa e inhumana pobreza de tres cuartas partes de la humanidad mientras una cuarta parte vivimos en la abundancia del derroche y del consumo y bienestar sin medida? ¿Qué comporta el relativismo, el escepticismo y la quiebra moral tan aguda que padecemos donde no se sabe lo que es bueno y lo que es malo, lo que es válido y valioso en sí y por sí para todos, lo que pertenece a ley natural y universal, y no porque así lo he decidido subjetivamente yo u otros, aunque sean mayoría? ¿Por qué la tan repetida y amplia vulneración de derechos humanos fundamentales en esta etapa de la historia, a pesar de todas las proclamas en contrario, o la crisis tan aguda que sufren hoy el reconocimiento y la fundamentación de tales derechos humanos y, al tiempo, la creación artificial de "nuevos derechos" por las mayorías parlamentarias o grupos de opinión con amplio poder e intereses? ¿No son reflejo de lo mismo las formas y modos con que está siendo tratada la familia, a la que se le quiere desvincular de su fundamento natural que es la unión fiel del hombre y de la mujer abierta a la vida, como ha sido desde el principio y desde todas las culturas, o la que se le daña con la legalización cada vez más ligera y permisiva de la "plaga" del divorcio? ¿Qué decir de la postura tan generalizada de nuestra cultura dominante para la que parece que la verdad no cuenta o no existe la verdad, o para la que toda pretensión de verdad absoluta y universal sea entendida como dogmatismo o fanatismo a extirpar?

Podríamos todavía seguir planteando interrogantes y más interrogantes, y nos llevarían a la misma realidad que se manifiesta, entre otras cosas, en el laicismo reinante, la amplia y honda secularización de nuestro mundo occidental y también la interior a la propia Iglesia, la más grave de toda la secularización, o la apostasía silenciosa y las deserciones de tantos y tantos cristianos, la incapacidad y debilidad para evangelizar, el debilitamiento de las conciencias, el poco valor que se le da al hombre por el hecho de serlo, en todas las fases y circunstancias donde se encuentre. Todo ello refleja un mismo origen: la pérdida del sentido de Dios y la gran fragilidad con que se vive la experiencia y el encuentro con Dios personal. Aquí está la clave de lo que nos pasa, aquí se juega el ser o no ser del hombre, aquí se decide la verdad y futuro de nuestra cultura y de nuestra sociedad, su logro o su fracaso. Sabéis bien que lo que estoy diciendo es verdad, y también vosotros dais fe de ello.

6. Es preciso reconocerlo si queremos que haya un futuro verdadero para la humanidad. La verdad del hombre está en Dios. Ésta es, en efecto, la verdad del hombre y su grandeza: está hecho por Dios y para Dios, y su corazón está inquieto hasta que en Él descansa, su alma tiene sed de Dios, de Dios vivo, como la tierra reseca y agostada, y "no se contenta con menos que Dios", como diría Santa Teresa, que es como un trasunto de aquella otra expresión también suya: "Quien a Dios tiene nada le falta, sólo Dios basta". Ahí se condensa la más verdadera y genuina antropología, de la que andamos tan carentes en nuestro tiempo, en el que todo parece mirarse a ras de suelo y en el que todo trata de resolverse de manera inmanente a este mismo mundo con la confianza puesta en sí mismo y tratando de comprenderse hasta el fondo de sí mismo sólo con criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes (Cf. RH 10). La cultura dominante y secularizada invita, más aún, obliga, a que el hombre se busque en vano a sí mismo autónomo e independiente absolutamente respecto de Dios, sin más horizonte que él mismo, su decisión o su acción.

El verdadero problema de nuestro tiempo es la quiebra de humanidad, o sea, la falta de una antropología que haga remontar el vuelo al hombre de nuestros días, una visión verdadera del hombre, inseparable de Dios, la que vemos y palpamos en Cristo, Verbo encarnado, en quien se nos revelado la verdad de Dios y la verdad del hombre y la sublimidad de su vocación. Ante un mundo vacío y desconcertado y una cultura desvertebrada y desnortada, cabe preguntarse como hacía nuestro querido y llorado D. Marcelo: "¿A dónde apuntamos? ¿Tenemos fuerza para apuntar a algo o nos inclinamos con nuestro arco hacia el suelo? ¿Tenemos sentido del horizonte o razonamos que todo lo que no sea apuntar al suelo es tontería?... Los que no ponen su confianza más que en sí mismos, los que sólo buscan el sentido de la vida humana en el vivir de la realidad inmediata, en el ejercicio del libre albedrío, los que quieren sus propios caminos de libertad rechazando todo sentido de salvación divina, llegan a la desesperación 'a un mundo cerrado y sin esperanza'. Todo esfuerzo del hombre sin Dios conduce a un callejón si salida. Se origina una sociedad y una cultura llena de engaños y ficciones que necesita 'apoyarse en bastones y mirarse en mil espejos que les digan que son hermosos y fuertes'. Se pierde la

claridad interior y cada vez se le hace más difícil al hombre ver la jerarquía de los valores, distinguir lo principal y lo accidental y lograr un auténtico juicio" (Cardenal Marcelo González).

Por eso, como he dicho, la quiebra moral y de humanidad que hoy padecemos está unida inseparablemente a la "crisis de Dios", a su ausencia del espacio humano y cultural, camuflada incluso por una religiosidad vacía. Todo cambia, si hay Dios o no hay Dios. Vivimos según el cliché: No hay Dios, y si lo hay, no interesa. Sin duda, el "silencio de Dios" es el acontecimiento fundamental de los "tiempos de indigencia humana" que vivimos; no hay otro que pueda compararse en radicalidad y en sus graves consecuencias. Si "quien a Dios tiene nada le falta, sólo Dios basta", el no tenerle a Él es la mayor de las indigencias, la más grande de las pobreza: al hombre le falta todo, cuando le falta Dios, porque le falta cuanto de verdad pueda llenar su corazón grande, su alma ansiosa y sedienta de bien, de amor, de verdad, de hermosura, de felicidad y de dicha.

Un hombre sin Dios, un mundo sin Él, es un hombre y un mundo más pobre, más árido, más abatido, sin futuro y sin salida, sin esperanza. Estar, por eso, con Dios, tener a Dios, vivir en Él y con Él es el cielo, "tener contento" pleno. Sólo desde Dios, sólo a partir de Él, la tierra llegará a ser humana; la tierra será habitable por la luz de Dios; allí donde se cumple la voluntad de Dios, está Dios, está el cielo, puede la tierra convertirse en cielo. Por el contrario, "donde no hay Dios surge el infierno, que consiste sencillamente en la ausencia de Dios" (J. Ratzinger).

"Esto puede desarrollarse también a través de formas sutiles y casi siempre bajo la idea del beneficio para los hombres. Cuando hoy se comercia con órganos humanos, cuando hoy se forman -o fabrican- fetos -o embriones- para lograr provisión de órganos o para impulsar la investigación sobre la enfermedad y la salud, aparece de esta forma, ante todo el contenido humanista de esta actuación; pero, con el menosprecio hacia el hombre que ello conlleva, en esta utilización y consumo de los hombres nos encontramos precisamente de nuevo en el descenso a los infiernos. Esto no quiere decir que no pueda haber y haya de hecho ateos con un gran sentido ético. Pero aún así me atrevo a afirmar que ese ethos consiste en los destellos aún no extinguidos de la luz de Dios...<Por ello> el momento en que llegue a todas partes el anuncio de la muerte de Dios, en que su luz sea apagada definitivamente, sólo puede ser terrible" (J. Ratzinger).

7. A esto puede conducir, conduce de hecho, el laicismo esencial al que se nos quiere llevar a nuestra sociedad, porque el laicismo conlleva que Dios no cuente en la vida de los hombres, en las relaciones humanas, en el ethos o comportamiento social y público de la persona, conlleva, así mismo, que seamos esos arqueros que apuntan al suelo sin vigor para lanzar la flecha hacia el infinito. El laicismo no deja espacio a la confesión y adoración del nombre de Dios: es lo más contrario a aquel dicho del Señor: "dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César". El laicismo no puede permitir que Dios tenga que ver con la organización de los hombres; considera intromisión abusiva el que se señalen principios morales fundamentales, válidos en sí y por sí mismos, universales e imprescindibles para todos, que tienen su fundamento más firme en Dios creador. Olvidan quienes así piensan con ese laicismo esencial -y así lo demuestra la historia, incluso muy reciente- que no puede, por lo demás, haber una sociedad libre, próspera, en progreso y solidaria, al margen de Dios, cuyo olvido o rechazo quiebra interiormente el verdadero sentido de las profundas aspiraciones del hombre, debilita y deforma los valores éticos de convivencia, socava las bases para el respeto a la dignidad inviolable de la persona humana y priva del fundamento más sólido para la estimación de los otros y el apoyo solidario a los demás. Digo más: No es posible un Estado ateo; se vuelve contra el hombre.

8. Quien no conoce a Dios no conoce al hombre, y quien olvida a Dios destruye la humanidad del hombre, ignorando su verdadera dignidad y grandeza. Este, como he dicho y repetido tantas veces entre vosotros, es el gran y principal problema de nuestro tiempo: la carencia de una verdadera antropología que no se construye al margen de Dios y menos contra Él. En efecto, "si al hombre le faltase completamente Dios, dejaría de existir". El asunto es muy serio : Si nuestro corazón no percibe ni acepta de ninguna manera la existencia de Dios, nosotros cesamos de vivir verdaderamente. El corazón trata en vano de extraer vida de otras fuentes, pero en realidad se destruye, como demuestran tantos signos de nuestro tiempo, en los que son evidentes las trágicas consecuencias de la ausencia de Dios.

En esta ausencia de Dios se funda la crisis de nuestra cultura; en esa ausencia se gesta una sociedad que padece una profunda quiebra moral, una grave caída y pérdida de referencias y de valores morales, de lo que es bueno y malo por sí y ante sí más allá de la decisión para el comportamiento personal y social; en esta ausencia de Dios se intenta en vano crear una sociedad para la que se propugna, en orden a ser moderna y progresista, que se prescindiera de la moral como si se tratase de una imposición, tachando incluso con descalificaciones despectivas a quienes defiendan unos principios y criterios morales válidos más allá, incluso, de cualquier confesión religiosa.

Es bueno recordar aquí aquella homilía del Papa en Huelva, hace ya once años pero tan actual: "Es cierto que el hombre puede excluir a Dios del ámbito de su vida. Pero esto no ocurre sin gravísimas consecuencias para el hombre mismo y para su dignidad como persona. Vosotros lo sabéis bien: el alejamiento de Dios lleva consigo la pérdida de aquellos valores morales que son la base y el fundamento de la convivencia humana. Y su carencia produce un vacío que se pretende llenar con una cultura -más bien pseudo cultura- centrada en el consumismo desenfrenado, en el afán de poseer y gozar, y que no ofrece más ideales que la lucha por los propios intereses o el goce narcisista. El olvido de Dios, la ausencia de valores morales de los que sólo Él puede ser fundamento, están también en la raíz de los sistemas económicos que olvidan la dignidad de la persona y de la norma moral, poniendo el lucro como objetivo prioritario y único criterio inspirador de sus programas... El alejamiento de Dios, el eclipse de los valores morales ha favorecido también el deterioro de la vida familiar, hoy profundamente desgarrada por el aumento de separaciones y divorcios, por la sistemática exclusión de la natalidad -incluso a través del abominable crimen del aborto-, por el creciente abandono de los ancianos, tantas veces privados del calor familiar y de la necesaria comunión intergeneracional <podríamos añadir sin traicionar la mente del Papa, también "por uniones que deforman y ofuscan la verdad del matrimonio y de la familia">. Todo este fenómeno de oscurecimiento de los valores morales cristianos repercute de forma gravísima en los jóvenes, objeto hoy de una sutil manipulación, y no pocos de ellos son víctimas de la droga, del alcohol, de la pornografía <del sexo fácil o del pansexualismo imperante> y de otras formas de consumo degradante, que pretenden vanamente llenar el vacío de los bienes espirituales con un estilo de vida orientado a tener y no a ser, y que quiere tener más no para ser más, sino para consumir la existencia en un goce que se propone como fin en sí mismo. La idolatría del lucro y el desordenado afán consumista de tener y gozar son también la raíz de la irresponsable destrucción del medio ambiente, por cuanto inducen al hombre a disponer arbitrariamente de la tierra, someténdola sin reservas a su voluntad, como si ella no tuviera una fisonomía propia y un destino anterior dados por Dios, y que el hombre pueda desarrollar ciertamente, pero que no puede traicionar" (Juan Pablo II, Homilía en Huelva, 1993, 5-6)

9. ¿Dónde vamos con tanta y tan radical secularización, adónde nos encaminamos con la erradicación de nuestras raíces más propias y el olvido o rechazo de nuestra gran tradición cultural, inseparable de Dios revelado en Jesucristo, su Hijo Unigénito, hacia qué parte nos dirigimos con esa proclamación tan reiterada en favor de una sociedad laica, que en el fondo quieren decir "laicista" y de pensamiento único, en que se consideren imposiciones morales a la defensa de la vida humana en todas las fases de su existencia desde su gestación hasta su muerte natural y sea cual sea su tamaño o el número de células que la componen? )Se puede acaso tachar de imposición moral el defender la dignidad de todo ser humano y el propiciar que no se le instrumentalice para ningún fin, o el afirmar que la ciencia sin conciencia se vuelve contra el hombre y le destruye? ¿Se puede decir que es una imposición moral el apoyar como fundamento único de la familia el matrimonio entre un hombre y una mujer abierto a la vida, o la afirmación de la estabilidad? ¿Se puede establecer como criterio de comportamiento personal y social lo que uno decida sobre sí o sobre otros, según lo que su razón decida o lo que hayan decidido otros, incluso con mayorías? Pero "la razón" sólo "se vuelve fría y pierde sus criterios, se hace cruel porque ya no hay nada sobre ella. La limitada comprensión del hombre decide ahora por sí sólo cómo se debe seguir actuando con la creación, quién debe vivir y quién ha de ser apartado de la mesa de la vida: vemos entonces que el camino hacia el 'infierno' está abierto" (J. Ratzinger), que el empequeñecimiento y empobrecimiento del hombre se hacen realidad palpable, y ¡cómo no!, insoportable.

### **III. Urgencia y apremio para la afirmación y testimonio de Dios. La Iglesia existe para que Dios pueda ser dado a conocer y ayudar a vivir desde Él y en Él: esta es su tarea en nuestro tiempo.**

10. Por esto, queridos hermanos y hermanas, es tan urgente y apremiante la afirmación de Dios como Dios y la confesión del Dios creador y Redentor. como en Jesucristo se nos ha revelado y hecho cercano a todos. Jesucristo, en efecto, nos ha revelado a Dios verdadero precisamente en la infinitud del amor que pone de manifiesto la infinitud del inabarcable Misterio, su omnipotencia en la inmensidad de su amor, de su compasión, de su misericordia, del corazón grande para con la miseria y el miserable. El punto culminante de esta revelación es la Encarnación, es la Cruz gloriosa, es la Pascua.

Aquí, Dios mismo, el Dios que es comunión, Padre, Hijo y Espíritu Santo, se entrega y se da para la vida del hombre. En este acontecimiento, en la vida y persona de Cristo, en su carne y humanidad que es la nuestra, Dios se pone a sí mismo frente al amor incondicional e infinito, como puro don, hasta el punto de hacerse uno con su criatura, el hombre. Es precisamente en ese don de Sí como Dios se revela como el Dios siempre más grande. Y es así, al mismo tiempo e inseparablemente, donde se revela grandeza del hombre, la sublimidad de su vocación.

Por eso, como señala el Papa en *Redemptor Hominis*, "el hombre que quiere comprenderse hasta el fondo de sí mismo -no solamente con medidas y criterios del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes-con su inquietud e incertidumbre, incluso con su debilidad y pecaminosidad, debe acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe 'apropiarse' y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo. Si se realiza en él este hondo proceso, entonces él da frutos no sólo de adoración a Dios, sino también de profunda maravilla de sí mismo. ¡Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador, si ha 'merecido tener tan grande Redentor, si 'Dios ha dado a su Hijo', a fin de que él, el hombre, 'no muera, sino que tenga la vida eterna"! (RH 10).

No propugnamos una sociedad confesional, aunque ojalá que todos conociesen y creyesen, porque es ahí donde está la vida eterna; la fe se propone, no se impone. Pero tenemos el deber los cristianos, y la Iglesia de la que somos parte, de afirmar a Dios, revelado y entregado en Cristo, con la certeza y garantía de que así afirmamos y servimos al hombre. La experiencia, por ejemplo de Santa Teresa o san Juan de la Cruz, de san Agustín o de la Beata Teresa de Calcuta, de Romano Guardini o de Juan Pablo II., todos ellos cimas altas de humanidad y expertos como pocos en humanidad, nos conducen a Dios, porque el alma humana, el hombre, "no se contenta con menos que Dios". Por eso es necesario y apremiante, imprescindible, que la Iglesia, centrando por completo su vida entera en Dios y obedeciéndole a El antes que a los hombres, sea ante todo y sobre todo testigo del Dios vivo en nuestra sociedad y ante los hombres de hoy, incluso ante los poderes de este mundo y aun con riesgos evidentes.

Por eso, la tarea principal de la Iglesia y de los cristianos en los tiempos que vivimos, por servicio al hombre, a la humanidad entera, a nuestro mundo, no es otra que avivar y alimentar la experiencia de Dios, y "dar testimonio de Dios, abrir las ventanas cerradas que no dejan pasar la claridad, para su luz pueda brillar entre nosotros, para que haya espacio para su presencia...pues allí donde está Dios nuestra vida resulta luminosa incluso en las fatigas de nuestra existencia ... La fe cristiana es ser tocado por Dios y testimonio para Él" (J. Ratzinger).

Es preciso llegar al convencimiento, en esta hora que vivimos, que la Iglesia existe para que Dios, el Dios vivo, sea dado a conocer, para que el hombre pueda vivir con Dios, ante su mirada y en comunión con Él; la Iglesia existe para hacer habitable la tierra a la luz de Dios. Para la Iglesia nunca se trata sólo de mantener su existencia, mucho menos tener privilegios, sacar prebendas o dominio impositivo sobre conciencias, ni tampoco de aumentar o extender su propia duración. La Iglesia no existe para sí misma. No se parece a una institución o asociación que quiere mantenerse a flote en circunstancias adversas. La Iglesia existe porque es de Dios y para Dios, para dar testimonio de Dios y llevar a los hombres a Él, fuente de libertad, fundamento de su verdad, razón última de su ser. Cuando vive de Dios y para Dios y toda ella da testimonio de Dios, es cuando es en toda su fuerza servidora de los hombres, que es lo único que debe moverla y animarla.

Llevada de esa fe que la anima, la Iglesia, cuando sale en defensa del hombre y reclama criterios morales válidos para todos en la vida pública, no pretende imponerse al resto de la sociedad o a quienes les corresponde la gestión pública, tampoco fortalecerse con privilegios o imposiciones sociales o morales, pero, eso sí, reclama que sea respetada en su condición y razón de ser que es su testimonio de Dios, con todas sus consecuencias y exigencias.

La Iglesia hoy y siempre está llamada a ser el espacio en el que se honre el nombre de Dios ante los hombres con todas sus consecuencias morales y sociales y contribuya positivamente a acercar la vida humana al Reino de Dios; sin separarse de la historia y sin confundirse con ella, formando parte del mundo y sin conformarse con él, formando parte realmente de la sociedad y no dejándose asimilar por nada ni por nadie, postrándose siempre ante Dios de quien viene todo don y esperanza. Ella ha de sobrevivir hoy más que nunca, porque "su desaparición conduciría al torbellino del eclipse de Dios, y así hacia el oscurecimiento y destrucción de lo humano" (J. Ratzinger).

Por lo mismo, sólo se devolverá a la Iglesia toda su vitalidad y razón si vive sumergida en la experiencia teológica, en la experiencia de Dios, si volvemos a Dios, si se le devuelve a Dios el lugar vital y central que le corresponde en el corazón, en el pensamiento y en la vida del hombre. La obra de evangelización a la que estamos urgidos, de manera especial ante la crisis de nuestro tiempo, nos obliga a hablar de Dios en el centro de nuestra vida para ayudar a los hombres a aprender el arte de vivir, de aprender a ser, de aprender a vivir en la verdad de lo que somos.

#### **IV. Evangelizar es el objetivo pastoral propio y específico de la Diócesis. Ahí se condensa su Plan Pastoral**

11. ¿Cuál puede o debe ser, en consecuencia, el objetivo propio y específico de nuestra diócesis, cuál es su razón de ser en los momentos que estamos viviendo? Esta es una pregunta que va a la raíz de todo y exige una respuesta también radical que concierne seriamente a cuantos formamos parte de ella. El momento es tan apremiante y el tiempo tan urgente que no nos podemos ir por las ramas. La pregunta que nos hacemos, "solamente tiene una respuesta: La Iglesia es continuadora de la misión de Jesucristo (Cf. Mt 28,18; LG 5). De forma que para responderla es preciso ir más allá de la propia Iglesia preguntándonos por la misión de Jesús: ¿qué hizo, qué quiso hacer, qué sigue haciendo Jesucristo en el mundo?... Nuestra pregunta tiene que ir a buscar cuál es el punto original, lo más específico y radical de la misión de Jesucristo en el mundo. Porque es posible que la multiplicidad de aspectos derivados del núcleo central, o la especial urgencia de algunos de ellos nos hagan perder de vista lo más original e importante" (TDV 11).

El Papa Pablo VI, en su Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, nos daba la respuesta resumiendo de este modo la misión de Jesús: "Proclamar de ciudad en ciudad, sobre todo a los más pobres, con frecuencia los más dispuestos, el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuesta por Dios, tal es la misión para la que Jesucristo se declara enviado por el Padre; todos los aspectos de su misterio -la propia Encarnación, los milagros, las enseñanzas, la convocación de los discípulos, el envío de los Doce, la cruz y la resurrección, la continuidad de su presencia en medio de los suyos- forman parte de su misión evangelizadora" (EN 6). Todo se resume en aquella frase del propio Jesús: "El Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en el Evangelio" (Mc 1,15).

Jesús vino al mundo para evangelizar, para anunciar ese mensaje nuevo y desconcertante de la cercanía, más aún, de la presencia del Reino de Dios en medio nuestro. La Iglesia existe para evangelizar; nuestra diócesis, Iglesia de Dios en la provincia de Toledo y en los arciprestazgos extremeños de Guadalupe, Herrera del Duque y Puebla de Alcocer, existe para evangelizar; ésa es su dicha e identidad más profunda (Cf EN 14): hacer presente y anunciar que el Reino de Dios está en medio nuestro y que es necesario abrirse, convertirse y creer en la Buena Noticia del Reino de Dios. "El gran reto para la Iglesia de todos los tiempos es la evangelización. El Plan Pastoral diocesano supone una llamada fuerte a "impulsar una pastoral misionera, centrada en la experiencia de Dios, para hacer de Toledo una diócesis evangelizada y evangelizadora". (Plan Pastoral Diocesano 2004-2009, Introducción general, 1).

12. Si queremos alcanzar esta meta, seguir este fin insoslayable de nuestra Iglesia diocesana es necesario que ahondemos un poco en lo que significan y comportan el Reino de Dios, y la conversión que reclama. Viene bien recordar aquí unas palabras del cardenal Ratzinger en el Jubileo de los Catequistas y Educadores de la Fe: "El teocentrismo es fundamental en el mensaje de Jesús y también debe ser el corazón de la nueva evangelización. La palabra clave del anuncio de Jesús es: "Reino de Dios". Sin embargo, Reino de Dios no es una cosa, una estructura social o política, una utopía. El Reino de Dios es Dios. Reino de Dios quiere decir: Dios existe. Dios vive. Dios está presente y actúa en el mundo, en nuestra vida, en mi vida. Dios no es una lejana 'causa última', Dios no es el 'gran arquitecto' del deísmo que ha construido la máquina del mundo y ahora estaría fuera; por el contrario Dios es la realidad más presente y decisiva en cada acto de mi vida, en cada momento de la historia... Lo 'único necesario' para el hombre es Dios. Todo cambia si hay Dios o no hay Dios... Por este motivo, la evangelización, antes que nada, tiene que hablar de Dios, anunciar el único Dios verdadero: el Creador, el Santificador, el Juez" (J. Ratzinger), que, por puro e incondicionado amor y por su misericordia infinita, nos ha salido al encuentro, se nos ha revelado y dado por completo e irrevocablemente para siempre en su Hijo Jesucristo, hecho hombre, para nuestra salvación plena y definitiva.

"El Reino de Dios es, por consiguiente, el mismo Jesucristo, puesto que Él es, en su propia humanidad, la presencia, la reconciliación y el amor de Dios ofrecido a todos los hombres, y es en Él donde la humanidad, herida por el pecado, recibe del Padre la victoria y la glorificación definitiva de la resurrección. Jesucristo resucitado es el núcleo del Reino de Dios, de la Nueva Humanidad y de la Nueva Creación que ha de ir reuniéndose en torno a su cuerpo y a su humanidad glorificada (Cf. Rm 8)) ... Cualquier actividad eclesial que no tenga suficientemente en cuenta este contenido central y radical del Evangelio de Jesucristo, desfigura el mensaje cristiano y la finalidad de la Iglesia. La catequesis, la formación doctrinal y moral de los cristianos, la liturgia y la oración, el necesario compromiso temporal exigido por la fe, deben buscar su fundamento y fin en este anuncio que es el centro de la fe y de la vida cristiana" (TDV 13).

Por ello, auxiliados por la gracia, todo en nuestro Plan Pastoral nos ha de llevar a anunciar y hacer presente el Reino de Dios, Dios mismo, Cristo su Hijo; nos ha de conducir así mismo a centrar nuestra vida en Dios, a reavivar nuestra experiencia de El en su Verbo encarnado, a fortalecer la fe, a hacer del testimonio de Dios, entregado y revelado en su Hijo Jesucristo, nuestro servicio a los hombres de hoy tan necesitados de El. Todo debe contribuir a fortalecer y dar firmeza a la fe de cuantos formamos la comunidad diocesana (los cercanos y los alejados, los que están dentro y los que se consideran fuera, o los que nunca han entrado): una fe verdadera y sólidamente eclesial que con la Iglesia, en comunión con ella sin fisura alguna, "proclama ante el mundo la soberanía absoluta del Dios vivo. Él está en el principio y en el fin de las cosas. Él tiene la iniciativa de la creación y de la salvación; en Él está el juicio inapelable de nuestras vidas y de nuestras obras; no hay sobre la tierra ningún otro poder al que debamos someter nuestra vida ni del que podamos esperar la salvación.

Este Dios viviente y soberano se ha entregado y se hace accesible a los hombres como amor y como gracia en su Hijo Jesucristo. Por él, Dios nos reconcilia consigo perdonándonos los pecados, nos hace triunfar sobre la muerte, nos libera de los poderes y de los límites de este mundo haciéndonos hijos suyos mediante la comunicación de su vida inmortal y de su Espíritu. Quien cree este anuncio y sale de sí al encuentro de Dios alcanza el perdón de sus pecados, triunfa de la muerte y se pone en camino de salvación... Ésta es la fe que profesa y celebra la Iglesia, en esta fe somos incorporados por el bautismo a la salvación que está en Cristo... A partir de esta fe... el cristiano puede y debe reconocer en la vida terrestre de Jesús el modelo inagotable y estímulo permanente de su modo de existencia entre los hombres. Así nace un nuevo estilo de vida desde dentro del corazón, por obra del Espíritu, como expresión y desarrollo de una libertad iluminada y redimida sin caer en el moralismo o en la esclavitud de una nueva ley. Aquí radica la novedad y la fuerza del cristianismo. Por esta razón los cristianos podemos y debemos trabajar con los demás hombres para la permanente transformación del mundo. Nuestra aportación específica no nace de ninguna ideología de este mundo, ni puede tampoco limitarse a los objetivos o a la disciplina de ninguna institución política. Nosotros ofrecemos el testimonio de la fuerza del Dios vivo que nos salva y que nos hace capaces de vivir ya desde ahora el ideal de vida reconciliada y fraterna que esperamos" (Cf. TDV 14-20), de una

humanidad verdaderamente nueva con la novedad del Bautismo y de la vida conforme al Evangelio del Reino de Dios.

No podremos contribuir a la reconstrucción de nuestro mundo conforme al querer de Dios, ni colaborar en superar la quiebra de humanidad que padecemos, ni aportar lo necesario al rearme moral de nuestro pueblo y a su recuperación humana, si en el interior de la Iglesia no centramos más nuestra vida en Dios, si no nos volvemos a Él, si no dejamos que Él actúe en nuestra vida, en mi vida, si no vivimos intensamente la vida cristiana que implica reconocer a Dios como lo verdadera y únicamente necesario, si no le amamos y buscamos por encima de todo, si no nos abrimos a su gracia y llevamos a cabo, en fidelidad, su querer, es decir si no cumplimos su voluntad o sus mandamientos; y si no nos mostramos capaces de brindar y realizar de manera clara y atrayente la propuesta específicamente cristiana.

Como en el resto de la sociedad española, en Toledo, necesitamos también generaciones nuevas de cristianos que tengan la seguridad y la fortaleza suficiente para profesar, practicar y anunciar la fe en este nuevo mundo en el que estamos viviendo, siendo capaces de evangelizarlo, de recrearlo desde la fe. En vez de sucumbir a su poder de seducción. Generaciones nuevas de hombres y mujeres, jóvenes, más convencidos, más convertidos y arraigados en las realidades fundamentales de la fe, capaces de hablar del Dios vivo con palabras fuertes y verdaderas en una situación de laicismo y de increencia; capaces asimismo, de mostrar dónde se halla a nuestro Dios, fuente de vida para el hombre, en una sociedad individualista e insolidaria, estando al lado de los pobres, comprometiéndose en las causas más nobles de la justicia y de la paz en favor de los hermanos, aproximándose a los padecimientos de tantos que sufren en nuestra sociedad.

13. Para llevar a cabo esto, no lo olvidemos, la Iglesia no tiene otra palabra que ésta: Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, presencia del Reino de Dios entre nosotros, Emmanuel -Dios con nosotros-, único nombre en el cual podemos ser salvos. Pero esta palabra no la podemos silenciar ni la dejaremos morir. "¿A quien vamos a acudir?". "Quien confiesa que Jesús es el Señor y que Dios, el Padre, lo ha resucitado, se salvará". "El que escucha su Palabra y cree en el que le ha enviado tiene vida eterna y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida" (Jn 5, 24). "Venid a mí", dice el Señor. Esta es la conversión. La nueva mentalidad, la nueva vida, la que brota del conocimiento y aceptación del don de Dios, Jesucristo, como vida nuestra.

"Convertirse", significa : "volver a pensar, poner en tela de juicio el propio y el común modo de vivir; dejar entrar a Dios en los criterios de la propia vida; no juzgar más simplemente según las opiniones de corrientes. Convertirse significa, por lo tanto, ni vivir como viven todos, no hacer como hacen todos, no sentirse justificados en acciones dudosas, ambiguas, malvadas por el hecho de que otros hacen lo mismo; comenzar a ver la propia vida con los ojos de Dios; buscar, por lo tanto, el bien, aun cuando sea incómodo; no actuar pensando en el juicio de la mayoría, de los hombres, sino en el juicio de Dios; con otras palabras: buscar un nuevo estilo de vida, una vida nueva. Todo esto no implica un moralismo, la reducción del cristianismo a la moralidad que pierde de vista la esencia del mensaje de Cristo: el don de una nueva amistad, el don de la comunión con Jesús y, por lo tanto, con Dios" (J. Ratzinger), "el don de Dios" (Jn 4,10). ¡Ay si de verdad conociésemos y acogiésemos el don de Dios en nosotros, su infinito amor, su plena donación y entrega que es Jesucristo, y viviésemos de este Don, es decir de Jesucristo, como Pablo : "Para mí la vida es Cristo", "no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí".

Convertirse, por ello, significa vivir la comunión con Jesucristo, estar unido a Él como el sarmiento con la vida, dejar que Él, que es lo mismo que dejar que Dios, sea nuestro Dueño y Señor, que su pensar, su querer su sentir, su actuar, sean mi pensar, mi querer, mi sentir, mi actuar. Dejar que el "don de Dios", Jesucristo, por su Espíritu, viva en nosotros, y así Dios actúe en nosotros y nos conforme a su voluntad, al crearnos y al restaurarnos por la redención: que seamos imagen y semejanza suya, que trasparentemos su gloria y su verdad - de la que es inseparable la nuestra-, que se cumpla en nosotros y busquemos siempre su voluntad, como rezamos en el Padre Nuestro, donde también pedimos que "venga a nosotros su Reino", y así será santificado y reconocido su Nombre, el único donde hay salvación y amor sin límite alguno.

Al anuncio y testimonio del Reino de Dios, de Dios mismo, dado y revelado en su Hijo Jesucristo, responde el conocimiento de Él, donde está la vida eterna y plena para el hombre.

Para este conocimiento de Dios "es necesario todo el hombre, entendimiento, voluntad y corazón. Esto significa a nivel práctico que no podemos conocer a Dios si no estamos dispuestos a introducirnos en su voluntad, a reconocerle como medida y dirección de nuestra vida <que eso es la conversión>. Esto significa que a la comunidad que camina en la fe, a la comunidad que camina hacia Dios, pertenece la vida según los mandamientos. Esto no supone ninguna determinación extraña que le es impuesta al hombre.

En el consentimiento a la voluntad de Dios se realiza nuestro parecido con Dios y llegamos a ser aquello que somos: imagen de Dios. Y porque Dios es amor, los mandamientos, en los que se manifiesta su voluntad, son variaciones fundamentales del único tema del amor. Son las reglas concretas del amor a Dios, al prójimo, a la creación, a nosotros mismos. Y porque en Cristo se encuentra el sí absoluto a la voluntad de Dios, el ser imagen en su plena medida, la vida según el amor y la voluntad de Dios constituye el seguimiento de Cristo, ir hacia Él e ir con Él.

La referencia a los mandamientos también ha descendido en la Iglesia en las últimas décadas; ha crecido demasiado la sospecha de legalismo y moralismo. De hecho la palabra de los mandamientos queda como algo externo si no es examinada por la interioridad de Dios en nosotros mismos y por la precedencia de Cristo respecto de todos nosotros. Se queda en moralismo si no está bajo la luz de la gracia del perdón. Israel estaba orgulloso de conocer la voluntad de Dios y de conocer así el camino hacia la vida. El salmo 119 es una constante irrupción nueva de agradecimiento y de alegría por conocer la voluntad de Dios. Nosotros conocemos ahora esa voluntad encarnada en Jesucristo como orientación y al mismo tiempo como misericordia que una y otra vez nos acoge y nos guía. ¿No deberíamos alegrarnos de nuevo de ello en medio de un mundo lleno de confusión y oscuridad? Despertar de nuevo a la alegría en Dios, la alegría por la revelación de Dios, por la amistad con Dios, me parece una tarea urgente de la Iglesia en nuestro siglo. También para nosotros son válidas las palabras que el sacerdote Esdras dirige al pueblo de Israel que se había desanimado un poco tras el destierro: la alegría en el Señor es nuestra fortaleza (Neh 8, 10)" (J. Ratzinger), en Él, en su voluntad tenemos todo su amor, un amor infinito que se vuelve medida y criterio de mi propia vida.

Cuanto hagamos en la Iglesia diocesana debería estar marcado, como llamada constante y como posibilidad en todo, por la conversión, por dejarse configurar y medir por el querer de Dios por su amor. Este debería ser un punto de referencia que siempre se tuviese presente, y un criterio de verificación de nuestra vida y de nuestra obra pastoral: ver si todo conduce a la conversión, si se vive la conversión, si se vive conforme al criterio de Dios y secundando la acción de su gracia en nosotros que nos identifica con Jesús y nos conduce en el seguimiento de sus pasos y de sus costumbres, que son las costumbres de Dios. Todo ha de conducir a que, con el auxilio y gracia de Dios, nos acostumbremos a estas costumbres divinas, asumiéndolas, por su gracia, como costumbres propias. Así nos pareceremos a Él, y le recordaremos a Él, seremos para otros memoria de su rostro, y tanto los cristianos como la Iglesia transparentaremos ese rostro de Dios, como Cristo, en todo lo que es, hace y dice, lo transparenta plenamente: es su rostro.

Aquí tocamos la clave de la renovación personal y eclesial. Esto requiere una purificación constante, el perdón y la misericordia de Dios que nos purifique en lo más hondo de nosotros, el camino penitencial de cada uno. El perdón y su realización en cada uno de nosotros, a través del camino de la penitencia y del seguimiento, es en primer lugar el centro del todo personal de cualquier renovación. Pero, puesto que el perdón concierne a la persona en su núcleo más íntimo, puede recoger en unidad y es también el centro de la renovación de la comunidad. Pues si me quitan el polvo y la suciedad que hacen irreconocible la imagen de Dios entonces me hago realmente semejante al otro, que es también imagen de Dios, y sobre todo me hago semejante a Cristo, que es la imagen de Dios, sin límite alguno, el modelo según el cual todos hemos sido creados. Nace así una imagen nueva: "no soy yo quien vive, pues es Cristo quien vive en mí" (Gal 2, 20).

Así, el "yo" de cada uno es, de algún modo, insertado en el "yo" de Cristo, uniéndose de este modo al de todos nuestros hermanos. Solamente a partir de esta renovación del individuo nace la Iglesia, nace la comunidad que une y sostiene en vida y en muerte. Solamente cuando tomamos en consideración todo esto vemos a la Iglesia en su justo orden de grandeza, sólo

entonces se lleva a cabo su misión, sólo ahí se da la verdadera reforma y renovación de la Iglesia como signo e instrumento de la unión con Dios y de la unidad del género humano.

Ciertamente, "la conversión es, ante todo, un acto muy personal y es personalización. Yo me separo de la fórmula 'vivir como todos' (no me siento más justificado por el hecho de que todos hacen cuanto hago yo) y encuentro delante de Dios mi propio yo, mi responsabilidad personal. Pero la verdadera personalización es siempre también una nueva y más profunda socialización. El yo se abre de nuevo al tú, en toda su profundidad, de esta manera nace un nuevo Nosotros. Si el estilo de vida extendido en el mundo implica el peligro de la des-personalización, del vivir no mi propia vida, sino la vida de todos los demás, en la conversión debe realizarse un nuevo Nosotros del camino común con Dios.

Anunciando la conversión también debemos ofrecer una comunidad de vida, un espacio común del estilo de vida. No se puede evangelizar sólo con las palabras; el Evangelio crea vida, crea comunidad de camino; una conversión puramente individual no tiene consistencia" (J. Ratzinger). Esto es lo que ha de preocuparnos en verdad en nuestra pastoral: trabajar, con la fuerza del Espíritu, en la conversión, seguir los caminos de la penitencia, servir a la fe. Que la gente se convierta y que la gente crea -meta de la evangelización- es lo que debe preocuparnos por encima de otras consideraciones: sólo así con la conversión y la fe habrá futuro, sólo así habrá esperanza, sólo así el hombre puede abrirse y permanecer en el horizonte de lo eterno, salir de su saber, de su entender, y de su poder .

Por eso es la conversión y la fe en toda su grandeza inconmensurable la reforma eclesial que necesitamos constantemente; a partir de ella debemos poner siempre a prueba aquellas instituciones que nosotros mismos hemos construido en la Iglesia. Esto significa que la Iglesia debe ser el puente de la fe, y que, especialmente en su vida de asociación intramundana, no puede convertirse en un fin en sí misma. Hoy está difundida aquí y allá, incluso en ambientes eclesiásticos elevados, la idea de que una persona es tanto más cristiana cuanto más comprometida está en actividades eclesiales. Se practica una especie de terapia eclesiástica de la actividad, de entregarse a hacer; se intenta asignar a cada uno un cometido, o en cualquier caso al menor compromiso dentro de la Iglesia.

De algún modo, así se piensa, tiene que haber siempre alguna actividad eclesial, se debe hablar de la Iglesia o hay que hacer algo por ella y en ella. Sin embargo, un espejo que no refleja más que a sí mismo no es ya un espejo; una ventana que en lugar de permitir contemplar libremente la lejanía del horizonte se interpone como una pantalla entre el horizonte y el mundo ha perdido su sentido. Puede ocurrir que alguien desarrolle ininterrumpidamente actividades asociacionistas en la Iglesia y que, sin embargo, no sea absolutamente cristiano. En cambio puede ocurrir que otro viva simplemente de la palabra y del sacramento y practique el amor que proviene de la fe sin haber hecho jamás actos de presencia en comités eclesiásticos, sin haberse ocupado nunca de las novedades de la política eclesiástica, sin haber formado parte de los sínodos ni haber votado en ellos, y sin embargo ser un verdadero cristiano. Lo que necesitamos no es una Iglesia más humana, sino más divina; sólo entonces será verdaderamente humana. Y por eso todo lo que hacen los hombres dentro de la Iglesia hay que reconocerlo en su puro carácter de servicio y desaparece ante lo que cuenta más y es lo esencial.

"Sólo una cosa es necesaria: Dios y su Reino". Por eso, en estos momentos y siempre, nunca deberíamos olvidar aquellas palabras del recordado y admirado cardenal Van Thuan: "Tienes que distinguir entre Dios y las obras de Dios. Todo lo que has hecho y deseas seguir haciendo:... todas las acciones y estrategias pastorales que se puedan imaginar; todo eso es una obra excelente, son obras de Dios, pero ino son Dios! Si Dios quiere que abandones todo eso, hazlo enseguida , y iten confianza en Él! Dios hará cosas infinitamente mejor que tú. ¡Tú has elegido a Dios sólo, no sus obras!.. Elegir a Dios y no las obras de Dios. Ése es el fundamento de la vida cristiana, en todo tiempo. Y es, a la vez, la respuesta más auténtica al mundo de hoy. Es el camino para que se realicen los designios del Padre sobre nosotros, sobre la Iglesia, sobre la humanidad de nuestro tiempo" (Van Thuan). Lo más importante y decisivo en nuestra vida, en la vida de la Iglesia y de nuestras comunidades, del cristiano, del pastor o de los "agentes pastorales" es concentrarse en lo único necesario, en lo único que importa por encima de todo: "Dios y su voluntad". Constantemente hemos de examinarnos, en medio de nuestra vida y actividad pastoral: ¿cuánto es para Él y cuánto para sus obras, que con frecuencia son "nuestras"

obras?. Por otra parte no hay que olvidar lo que afirma san Pablo : "En la vida y en la muerte somos siempre del Señor" (Rm 14, 8).

Así, cuanto más arraigados estemos en el Señor y con todos los que le pertenecen, tanto más nuestra vida estará sostenida por aquella radiante confianza del mismo Pablo, que tanto necesitamos en los momentos difíciles que atravesamos: "Estoy convencido nada ni nadie podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro" (Rm 8, 35s). Hemos de dejarnos llenar de semejante fe; entonces la Iglesia, nuestra diócesis de Toledo, crecerá, se afianzará, se renovará de día en día.

15. Por todo ello, estamos llamados a poner los fundamentos de comunidades de cristianos que estén dispuestos a organizar su vida desde la originalidad de esa fe vivida incesantemente, con vigor y capacidad para anunciar incansable y confiadamente a Jesucristo con obras y palabras, para abrir sendas de encuentro entre el hombre actual y el Evangelio y caminos a nuevas síntesis entre fe y cultura, válidas para el mundo de hoy. Se trata de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación.

La nueva evangelización nos convoca a una gran empresa: la renovación de la humanidad. Pero en verdad no habrá humanidad nueva si no hay hombres nuevos con la novedad del bautismo y de la vida conforme al Evangelio" (EN 19). No habrá humanidad nueva, como venimos diciendo, si no hay conversión. Así se nos convoca a lo que es el punto de partida y la piedra de toque de esa renovación de la humanidad: la conversión de cada uno de los que formamos la comunidad eclesial, la conversión personal de los mismos cristianos, la verdadera y real transformación de nuestras vidas y la liberación del pecado que nos daña y aliena como a todo hombre. Esto lleva a que concedamos, en nuestros intereses, la prioridad a la evangelización intraeclesial, sin descuidar en modo alguno la evangelización de los que están lejos de la fe, o viven una fe debilitada. Esto nos lleva a una evangelización "de los propios creyentes para fortificar la fe de todos los bautizados y para personalizar más esa fe, sostenida ayer por el ambiente social y sometida hoy a plurales desafíos culturales y sociales...( y reclama) la formación de comunidades eclesiales, entendiendo por tales aquellas en las que la fe logra liberar y realizar todo su significado originario de adhesión a la persona de Cristo y a su Evangelio, de encuentro y comunión sacramental vivida en la caridad fraterna y en el servicio gratuito a todos los hombres.

Es necesario, asimismo, en este emprender caminos de conversión que estemos muy atentos a la necesidad de evangelizar la cultura, es decir, en expresión del Papa Juan Pablo II a "rehacer el entramado entero de la sociedad humana " y a transformar desde dentro los criterios de juicio y las mentalidades que están en contraste con el Evangelio.

Los caminos de conversión que emprendemos nos llevan pues, a abordar con ímpetu renovado el anuncio del Evangelio de Jesucristo a los hombres de nuestro tiempo, de manera comprensible, creíble, amable, para que se conviertan y, una vez convertidos, desde sí mismos, con la luz de la fe y la fuerza creadora del Espíritu, sean capaces de recrear una cultura que, inspirada en la fe, y respondiendo a las necesidades y experiencias del hombre redimido, responda también a las necesidades del hombre moderno de este mundo unificado, tecnificado, puesto por Dios creador en las manos del hombre. Es en verdad iniciar los pasos y poner los fundamentos de una nueva época que nosotros tal vez no veremos, pero cuyos fundamentos estamos obligados a poner en el nombre y con la ayuda del Señor. Se trata, pues, de reemprender con claridad, audacia, confianza y fe, caminos de conversión.

16. Sólo se devolverá a la Iglesia su vitalidad y razón si sigue caminos de conversión, si la vida de los fieles se centra en Dios, si vive sumergida en la confianza teologal, si volvemos de verdad a Dios, si se le devuelve a Dios el lugar central que le corresponde en el corazón, en el pensamiento y en la vida del hombre. La obra a la que estamos urgidos, de manera especial ante la crisis de nuestro tiempo: evangelizar, nos obliga a hablar de Dios en el centro de nuestra vida para ayudar a los hombres a aprender el arte de vivir, aprender a ser, aprender a vivir en la verdad de lo que somos.

La Iglesia, por esto, antes que nada, tiene que hablar de Dios, anunciar el único Dios verdadero. Pero sólo podremos ser mensajeros creíbles del Dios viviente, si su realidad prende y arraiga en nosotros, si tenemos experiencia de Él, si le conocemos y nos abrimos a su presencia gratificante. Ahora bien, Dios no puede ser conocido sólo con palabras. No se conoce a una persona si se sabe de esta persona sólo a través de otra. Anunciar a Dios es introducir en la relación con Dios: enseñar a rezar. La oración es fe en acto. Y sólo en la experiencia de la vida con Dios aparece también la evidencia de su existencia. Por lo mismo, la renovación y revitalización de la Iglesia, de nuestra diócesis, reclama, de manera inaplazable y urgente, enseñar y aprender a orar, sencillamente orar, como el Señor nos pide, con sencillez y esperanza, con verdadero amor y amistad. De eso se trata: de "tener trato de amistad con quien sabemos nos quiere" (Santa Teresa).

Ahí está una clave para el futuro del hombre, de la sociedad y de nuestras comunidades y diócesis. Como decía nuestro querido D. Marcelo: "Hay que orar más...; tenemos que predicar más la oración a nuestros fieles. Nuestras iglesias, fuera de los momentos de la misa, están vacías. Pero están siempre llenas las calles y las cafeterías y los comercios. No entran nuestros cristianos a visitar al Señor. Tendrían que entrar más. No se abren las iglesias, dicen porque hoy..., podrían robarnos. Si estuvieran visitadas las iglesias, habría gentes para impedir robos". Se necesita orar, en la complementariedad de sus distintas formas y realizaciones: la oración personal, sólo delante de Dios; la oración común paralitúrgica como la que se nos ofrece en la religiosidad popular, en las distintas devociones; la oración litúrgica, cuya especificidad consiste en el hecho de que su sujeto primario no somos nosotros, sino Dios mismo, la liturgia es acción divina, Dios actúa y nosotros respondemos a la acción divina."Hablar de Dios y hablar con Dios siempre deben marchar conjuntamente. El anuncio de Dios es guía para la comunión con Dios en la comunión fraterna, fundada y vivificada por Cristo. Por eso, la liturgia (los sacramentos, especialmente la Eucaristía), no es un tema junto a la predicación del Dios viviente, sino la puesta en práctica de nuestra relación con Dios" (J. Ratzinger).

## **V. Favorecer la experiencia de Dios es el objetivo para el primer año de nuestro Plan Pastoral.**

17. En mi carta pastoral "Toledo evangelizada, Toledo evangelizadora", del año pasado decía: "Si el mundo conociese a Dios, si conociese su don, todo sería distinto. Por eso, el gran desafío hoy para los cristianos, de manera concreta para los que formamos esta diócesis de Toledo, es conocer, amar y dar a conocer el 'don de Dios', Dios mismo. Este es el reto para nosotros los cristianos: que los hombres entiendan y vivan la vida con Dios, desde el 'don de Dios', inmersos en Él, y con esperanza, esperanza en la vida eterna. Y para ello necesitamos hablar de Dios, y previa y simultáneamente, hablar a Dios. Nada hay tan urgente. Ningún asunto es tan central y decisivo. En medio del silencio de Dios que nos envuelve -de tan graves consecuencias- no podemos menos que hacer resonar 'a tiempo y a destiempo', públicamente, la palabra 'Dios' y hablarle a Él.

Hablar a Dios y de Dios en tiempos de silencio tan denso de Dios, es la tarea que nos atormenta como pastores... Es preciso hablar de Dios; hablar de Él para darle gloria; hablar de Él desde la contemplación de su rostro, desde la adoración y desde la plegaria, desde la escucha de Él y dejándole a Él ser Dios. Todo esto está exigiendo que nuestra pastoral se ocupe ante todo de Dios y cultive la experiencia teologal, la experiencia orante, la experiencia de la fe <: la experiencia de Dios, en definitiva, que se tiene en el encuentro con Él, en la fe teologal en comunión con la Iglesia). Necesitamos una pastoral, en efecto, que sitúe a Dios, su gracia, su amor y su juicio, en el centro. Hace falta una fuerte dosis de teocentrismo y superar ciertas pastorales más antropocéntricas y secularizadoras. Es necesario revalorizar para los fieles nuestra condición de creyentes en el sólo Dios y Padre, cuyo camino de acceso y encuentro es Jesucristo.

18. Necesitado de muchas cosas, nuestro mundo de nada está tan falto como de Dios; en esta situación, y ante tal carencia fundamental, la Iglesia debemos mostrar nuestra compasión y hacer del anuncio y del testimonio del Dios vivo el centro de nuestro servicio. Sería paradójico que, llamados a servir a los hombres y a socorrer sus carencias, no estuviéramos atentos de manera suficiente a esta fundamental indigencia del hombre. Es preciso que asumamos decididamente el reto de la secularización, del laicismo y de la increencia de nuestro tiempo y

llevemos a cabo la obra de una nueva evangelización, que reclama "amigos fuertes de Dios", como diría Santa Teresa de Jesús, que vivan de la honda experiencia del Dios vivo, de Dios como Dios, como lo único y sólo necesario, Señor de nuestras vidas, de Dios en el más profundo centro y en la plenitud de nuestro vivir.

Necesitamos de hombres y mujeres, testigos del Dios vivo, que sean capaces de hablarnos de Dios, de su juicio y de sus promesas con palabras fuertes y verdaderas: Dios debe aparecer siempre como Dios, en el centro de la existencia humana, como el sujeto que, con su juicio y su amor, interviene decisivamente en ella : origen, guía y meta de todo lo creado. Pero para esto, y previo a ello, es preciso que haya hombres y mujeres con experiencia de Dios, que nos hablen de esa experiencia y desde ella, que la trasparen en la vida cotidiana y social, en la realidad pública.

Esta experiencia constituye el único reto a la increencia y al ateísmo capaz de llegar a la hondura del problema de nuestro tiempo, que vive apesadado, frecuentemente, por la "tristeza de lo finito" e inmerso en redes de insolidaridad. Si la Iglesia, si los católicos, no aportamos a los hombres de nuestro tiempo, una intensa experiencia de Dios, se puede decir que no les aportamos nada. Si nos falta la experiencia de Dios, nuestra presencia en el mundo se reducirá a la de un mero cuerpo social, incapaz de dar esperanza y ofrecer libertad y dicha a los hombres. Mostraremos que no creemos en la resurrección y seremos los más desdichados.

Ser cristiano, ante todo, es creer que Dios es; el núcleo y la confesión de la vida cristiana está en la afirmación: "Dios existe", es Alguien con el que tenemos que ver, que nos concierne de forma decisiva y total. Como recordaba santa Teresa, a quien es muy bueno acudir para adentrarnos en la experiencia de Dios: "Siempre tengamos memoria que tenemos de Dios el ser" (Vida IO, 5), que en nosotros "está siempre presente dándonos el ser" (Vida 4O, 5), que El es vida de nuestra vida y sustento que sustenta (Cf. Moradas VII, 2, 6). Dios es. Dios es Dios. Este es el gran misterio que comprendió tan espléndidamente la Santa de Ávila, y cuantos tienen experiencia suya. Le busca, le adora y confiesa que no hay otro. Lo reconoce y acepta profundamente. Se goza de que Dios sea, que sea Dios; y eso le basta. Por eso dirá que "quien a Dios tiene, nada le falta".

Se tiene experiencia de Dios cuando uno no se entiende a sí mismo si no es con Él y desde Él, cuando no lo deja por nada del mundo, cuando se siente amado por él y como envuelto en un gran amor del que se puede fiar. Se tiene experiencia de Dios cuando se le invoca, cuando se es capaz de estar ante Él llamándole de "Tú", cuando se habla con Él de manera sencilla, cuando es tan familiar a nosotros como nuestro padre o nuestra madre, o cuando se vive en su presencia y se sabe uno ante Él. ¿Cómo educaron nuestros, que ya vamos teniendo años, esta experiencia de Dios nuestros padres? De una manera muy sencilla: enseñándonos a rezar, a dirigirnos a Él con toda naturalidad, aprendiendo a hablar, a decir "papá y mamá", al tiempo que aprendíamos a decir o balbucir: "Padre nuestro"; así Dios era y es tan real como nuestros mismos padres.

Para el creyente, Dios aparece por doquier en su vida, como la presencia que le rodea por todas partes y el cobijo por el que clama todo el ser del hombre. Quien tiene la experiencia de Dios, como el salmista o Teresa de Jesús, sabe que no hay postrer ocultamiento; que, por todas partes, sin cobijo ni evasión, su vida, hasta el fondo, está patente a su mirada: "Me has sondeado y me conoces, sabes cuando me siento y me levanto...no está la palabra en mi lengua y ya, Señor, te la sabes toda... ¿Adónde iré lejos de tu aliento? ¿Adónde escaparé de tu presencia?" (Sal 139). Vivir a partir de aquí, y en la presencia de Dios es fundamental. En eso hemos de educarnos: ¡Es tan fundamental al tiempo que tan sencillo! ¡Cuántas gentes muy sencillas viven en esta Presencia y cómo rezuman voluntad de Dios, vida de las bienaventuranzas! Por más solos que se encuentren nunca se encuentras solos: "solos sí, pero no de Dios", como a veces escuchamos a gente muy sencilla pero de experiencia de Dios. Cuando se vive la experiencia de Dios es tal la certeza de esa Presencia que no se puede dudar de ella, sin dudar de sí mismo.

19. Cuando se vive la experiencia de Dios todo el hombre toma parte y se siente inundado por la plenitud de vida, de gozo, y de paz, de Dios mismo; la serenidad, la reconciliación, la confianza son compañeros inseparables de la experiencia de Dios. Quien descubre a Dios, quien le acepta y acoge, quien vive desde su presencia gratificante y desde la experiencia de Él, ve que la vida merece la pena vivirse, que la existencia es una gracia que se acepta agradecido, que todo es

gracia, que todo es don y regalo, que el hombre no es la medida de todo; que la misma vida es don y que lo importante es saberse dado y aceptar el don que uno es, o lo que es igual, aceptarse a sí mismo; que uno es querido por Dios por sí mismo. Y esto llena de gozo y gratitud, de confianza y benevolencia, de esperanza y alegría de vivir.

Nada impida, pues, nada separe, nada se interponga; por encima de todo y sobre todas las cosas el deseo y la afirmación de sólo Dios. El descubrimiento, el encuentro con Dios como Dios, lo único necesario, hace del hombre una persona pobre y libre, le hace descubrir que la raíz de toda esclavitud no es otra que absolutizar aquello que no es Dios y su voluntad. Pero, además, al tener la experiencia de Dios, y con ella la experiencia de que todo es gracia, de que todo es don, de sentirse amado, en definitiva por Él, con un amor que sobrepasa todo, no puede menos que vivir su vida como gracia, como amor, como don. ¡Ay si conociésemos, con toda verdad, el don de Dios!, todo sería diferente, todo se llenaría de luz, de gracia, de alegría y de amor.

20. El encuentro con Dios, la experiencia de Dios, exigen unas condiciones, unas actitudes, unos pasos : reclama un corazón libre y abierto, una "habitación y una casa sosegada", como dirían nuestros clásicos espirituales, que deje lugar a Dios. El encuentro con Dios exige interiorización, por una parte, y salida de sí y olvido de sí, por otra. Reclama desasimiento, asombro, disponibilidad, silencio, libertad interior, admiración, contemplación,... Para el encuentro con Dios se necesita un camino de interiorización, en el que se precisa pasar de la dispersión en actos y trabajos, de la exteriorización en cosas y posesiones a la concentración y al recogimiento, al hombre interior, al corazón puro y limpio donde pueda ser acogida la Palabra de Dios que nos manifiesta su Presencia; se necesita quitar obstáculos, superar la fiebre posesiva que nos ata, vencer la tendencia a la huida y al "divertimiento".

Es necesario para este encuentro con Dios no desviar el corazón de lo único necesario, despojarlo, con la gracia de Dios, paso a paso de aquellas cosas que lo ciegan y le impiden estar atento a su Presencia. Esa Presencia se da "del alma en el más profundo centro". El "centro" es la "sustancia del alma, donde ni el centro del sentido ni el demonio pueden llegar"; sólo Dios puede allí "hacer obra y mover el alma"(S. Juan de la Cruz, Comentario a Llama de amor viva, C. I). Y, al mismo tiempo, el que se encuentra con Dios ha de salir de sí, olvidándose de sí mismo. Esto reclama desasimiento, pobreza, obediencia, entrega confiada de sí mismo en los brazos de Dios, adecuación de la voluntad del hombre al designio de Dios, transformación en la voluntad de Dios, de forma que no haya cosas contrarias a la voluntad de Dios, la transformación del propio ser, amor efectivo porque, como dice Teresa de Jesús : "Obras quiere el Señor"(Moradas V,3,11).

Para esta experiencia de Dios, nada mejor que contemplar su rostro, el de la humanidad de Jesús, Hijo de Dios vivo, traerle a la contemplación, ante nosotros, como diría "muy humanado", verlo muy llagado. Con frecuencia hacemos algo muy intelectual de la experiencia de Dios, cuando es tan sencilla y tan humana, como es la naturalidad de acercarse a Jesús, de verle a Él en los relatos evangélicos, en los distintos momentos de su vida, en sus gestos, en sus costumbres ... Contemplar sus imágenes, mirarlas y dejarse penetrar por ellas, son caminos para esta experiencia al alcance de todos. La misma oración del Santo Rosario hecha sosegadamente y como nos enseña el Papa en su Carta sobre el Rosario, es también un excelente camino para adentrarse en la experiencia de Dios. El trato de amistad con Él, donde le "vemos" y escuchamos es imprescindible para dicha experiencia

21. Es preciso que cultivemos la experiencia teologal, la experiencia de Dios, que fomentemos en todos los estamentos y niveles, en todas las personas - adultos y jóvenes, niños y ancianos, sacerdotes y laicos, casados y religiosas- del Pueblo de Dios que peregrina en Toledo, una intensa vida espiritual, de manera muy particular, a través de una oración viva, asidua y gozosa en todas sus formas. A los sacerdotes, de modo principal, y a las personas de especial consagración - religiosos, religiosas, miembros de institutos seculares o de otras formas de vida consagrada- se nos pide que seamos maestros y testigos de oración. Necesitamos orar. Necesitamos aprender a orar. Necesitamos el gusto de la oración. Sin ella nada podemos hacer nada, ni nada que merezca la pena podremos ofrecer.

Toledo, por otra parte, está enriquecida por Dios con cuarenta y tres comunidades o monasterios de vida contemplativa que hacen de la oración su mejor servicio a la Iglesia y a los

hombres. En estos monasterios escuchamos "la soledad sonora" que afirma y proclama, que Dios es Dios, que El sólo basta, porque Él es plenitud, Soberano y Señor, "origen, guía y meta de todo lo creado". Os pido a todos, especialmente a los jóvenes, que os acerquéis a los monasterios de vida contemplativa; allí veréis a quienes han conocido "el don de Dios" y "han escogido la mejor parte", y podréis palpar la alegría y la dicha con que se vive cuando se adora a Dios. Queréd y ayudad a los monasterios. Propiciad vocaciones a la vida contemplativa. ¡Las necesitamos! Desde el claustro, los monjes y las monjas contemplativas están sosteniendo nuestra diócesis y están llevando a cabo eficazmente la "nueva evangelización", que muestra a Dios y su amor en el centro, fuente y fundamento, origen de todo bien y de toda dicha. A ellos y a ellas, al tiempo que les agradezco su vida escondida con Cristo en Dios, les debo gran solicitud y pido que también vosotros les dediquéis la atención que se merecen.

Necesitamos una pastoral que sitúe a Dios, su gracia, su amor y su juicio, en el centro. Una pastoral que hable y dé testimonio de Dios para darle gloria. Ante todo habremos de favorecer el itinerario del encuentro con Dios. Nuestra acción pastoral ha de ayudar a descubrir, afirmar reconocer y confesar al "sólo Dios" que el Hijo Unigénito nos ha revelado: El Dios que es Uno y Trino. La revelación de la Santísima Trinidad y la aceptación de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo es el núcleo de nuestra fe. Quitemos la fe en la Trinidad Santa y habremos difuminado la originalidad cristiana y perdido el aliento y la vida que anima a la Iglesia. Recentremos la vida de los cristianos en lo teologal y trinitario. Revaloricemos para los fieles nuestra condición de creyentes en el sólo Dios y Padre, cuyo camino de acceso y encuentro, por el Espíritu Santo, no es otro que Jesucristo, fuente de toda sabiduría y conocimiento de Dios. Esforcémonos en todo lo que conlleve o ayude al conocimiento de Dios y a la confesión de fe en Él. Ahí nos lo jugamos todo.

#### **V. Algunas sugerencias para nuestro Plan Pastoral en su primer año de aplicación.**

22. Como expresión de una Iglesia que, guiada por la Virgen María y nuestro Señor Jesucristo, con la fuerza y gracia del Espíritu Santo, no quiere hacer otra cosa que la voluntad de Dios, lo que a Dios le agrada y quiere, todo en nuestro Plan diocesano de Pastoral ha de conducir a revitalizar esto tan elemental e imprescindible en las comunidades cristianas y en los miembros que las integramos. Para ello, me permito subrayar algunos aspectos contenidos en el Plan Pastoral.

23. Como es Dios quien tiene la iniciativa, que todo es gracia suya, que es Él quien sale a nuestro encuentro y le conocemos porque Él se nos ha dado a conocer y nos ha hablado de muchas maneras en su palabra por los profetas y en los acontecimientos de la historia, culminados en el acontecimiento de la venida en carne de su Hijo, Palabra eterna encarnada (Cf. Heb 1,1; Jn 1), es necesario que nos adentremos más y más en la escucha, lectura, contemplación y conocimiento de la Palabra de Dios, contenida en las Sagradas Escrituras y transmitida fielmente por la Iglesia. La experiencia de Dios y de su designio de gracia hecho carne es posible en nosotros gracias a su Revelación, por la que Dios nos habla como amigos, en palabras y acontecimientos unidos, plenamente a través del Verbo encarnado (Cf. DV 2-4), al que los Apóstoles y testigos vieron, palparon, "experimentaron", y, con la fuerza y asistencia del Espíritu, nos lo han anunciado "para que entremos en comunión con ellos", con su misma experiencia, y así entremos en comunión con el mismo Jesucristo, Hijo único de Dios, y, en Él, con el Padre, ya que es el lugar del encuentro con Dios (Cf. 1, Jn 1-ss).

Una experiencia viva y avivada de Dios, hoy y en la historia, pasa por una intensificación en el conocimiento, escucha, meditación, lectura asidua y eclesial de la Palabra de Dios contenida en las Sagradas Escrituras y transmitida, de generación en generación, siempre viva por la Iglesia. Necesitamos escuchar y leer más, conocer mejor la Sagrada Escritura, tal y como nos enseña la Iglesia que lo hagamos, y con los criterios que ella misma nos dice. Nunca deberíamos olvidar la centralidad e importancia de la palabra de Dios en la vida de la Iglesia. El conocimiento y la impregnación de la Biblia en la vida de los cristianos, conforme al sentir de la Iglesia, es, sin duda, uno de los signos de la acción del Espíritu Santo y uno de los factores principales de fecundidad, en esta hora de la Iglesia.

Por ello, recuerdo lo que ya dije en mi Carta pastoral del año pasado "Toledo evangelizada, Toledo evangelizadora": necesitamos promover iniciativas propias y creativas que propicien un

conocimiento mayor y una escucha más atenta de la Palabra de Dios que se convierta en un encuentro vital; formar para ello, grupos de lectura orante y reflexión de la Palabra de Dios, "impulsar la antigua y siempre válida tradición de la lectio divina, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia" (NMI 39); formar un grupo de animadores bíblicos para el ámbito diocesano y parroquial que acompañen y sirvan de guías en los grupos de estudio y oración bíblica; crear un Centro diocesano de difusión de la Biblia y de formación de agentes para este cometido; ofrecer materiales idóneos para este fin; difundir en las parroquias las publicaciones del "Evangelio de cada día" y fomentar que en las familias cristianas se lea el texto del Evangelio del día correspondiente, se dediquen unos minutos para comentarlo en familia y orar sobre él. ¡Qué bueno sería que las familias cristianas en sus propios hogares, padres e hijos, lean y comenten juntos la Palabra de Dios, que las familias se acostumbren a ver los acontecimientos de la vida diaria a la luz de la Sagrada Escritura, que oren también con los salmos y los cánticos inspirados que nos ofrece el testimonio del Pueblo de Dios contenido en la Santa Biblia; qué bueno sería que hagamos un esfuerzo porque la espiritualidad y vida familiar tengan una raigambre profundamente bíblica; que los sacerdotes preparemos la homilía dominical con una lectura meditada y orada de los textos bíblicos del domingo! Todo lo que hagamos en este sentido por el conocimiento, difusión y asimilación de la Palabra de Dios será de gran fecundidad para la comunidad cristiana, la conducirá a la experiencia de Dios y la fortalecerá para dar testimonio de Dios vivo y anunciarle a los hombres de hoy.

Tengamos presente que, como nos relata el Evangelio de san Lucas en la narración del camino de Emaús, se trata de que juntos, en Iglesia, como los discípulos, caminemos con la palabra viva de Cristo, que nos acompaña e interpreta la palabra escrita, la Biblia, así como los acontecimientos de la historia; hacer camino con Él, atentos a su palabra, escuchándole a Él como Iglesia, figurada en los caminantes de Emaús, "Él mismo se hace camino durante el cual el corazón está ardiendo y, de esta forma, al final se abren los ojos: La Escritura, el verdadero árbol del conocimiento, nos abre los ojos, si nosotros, al mismo tiempo, comemos el árbol de la vida, de Cristo. Entonces estaremos viendo verdaderamente, y entonces viviremos realmente. Tres elementos confluyen en este camino: la comunidad de los discípulos, la Escritura, la presencia viva de Cristo. Así, este camino de los discípulos es una descripción de la Iglesia, una descripción de cómo madura el conocimiento que lleva hacia Dios. Esa comunión será comunión de unos con otros, desemboca en la fracción del pan, en la que el hombre se convierte en invitado de Dios y Dios en anfitrión del hombre. Resulta claro aquí que no se puede tener a Cristo sólo para sí. Él no sólo nos conduce a hacia Dios, sino también unos hacia otros. Por ello Cristo e Iglesia forman un conjunto, así como lo forman Iglesia y Biblia. tarea central de la Iglesia, ayer y hoy y mañana, continúa siendo realizar esta gran comunidad en las comunidades particulares concretas del Obispo, el párroco, los movimientos eclesiales. Como comunidad en camino tiene que experimentarse en nuestras preocupaciones, en la palabra de Dios, en Cristo, y llevarnos hacia el don del sacramento, en el que se anticipa una y otra vez el banquete nupcial de Dios con la humanidad" (J. Ratzinger)

24. "El mayor empeño se ha de poner en la liturgia, 'cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde brota toda su fuerza'" (NMI 35). Es necesario, por consiguiente, que junto con la Palabra de Dios, fortalezcamos en nuestras comunidades y en todos los miembros del Pueblo de Dios cuanto se significa y se hace presente en los sacramentos, lugares del encuentro con Dios, sobre todo de la Eucaristía como encuentro principal con el Resucitado. No contraponamos palabra y sacramento. Recobremos todo el sentido y realidad de los sacramentos si queremos que haya una diócesis, unas parroquias o unos fieles con vida. La secularización de nuestra sociedad nos ha hecho perder mucho el sentido y el significado de la realidad sacramental de la Iglesia y de los sacramentos en ella y para ella; y algo parecido sucede con todo lo que tiene que ver con la liturgia.

Os exhorto vivamente a que acudáis al Catecismo de la Iglesia Católica y leer o releer, asimilar y vivir, lo que nos dice la Iglesia a través de cuanto nos enseña ahí sobre los sacramentos y la liturgia. Si perdemos el sentido y verdad de los sacramentos, si no ponemos nuestro mayor empeño en los sacramentos y la liturgia, en su celebración, si debilitamos nuestra conciencia sobre ellos, si debilitamos la participación en ellos, si no los vivimos suficientemente como lo que son, acciones de Dios y de la Iglesia, acontecimientos de salvación, si no ahondamos y fortalecemos el sentido de la gracia de Dios en nosotros, no tendremos futuro como cristianos ni

como Iglesia. No sé si estaré equivocado, pero me parece que también entre nosotros -tal vez con menos fuerza que en otras partes-, -sin negar en nada toda la obra de renovación conciliar que aquí se ha dado en este punto-, se ha debilitado un tanto el sentido sacramental; por ello, habremos de poner especial interés en una buena catequesis, en una pedagogía adecuada, en una celebración correcta y en una participación activa y fructuosa en los mismos.

Y juntamente con ello, habremos de poner especial empeño en la catequesis litúrgica, y en la renovación y revitalización de la liturgia: es preciso recuperar y mejorar el sentido litúrgico, conforme a la verdad de la liturgia que expresa el sentir de la Iglesia y con ella. A este respecto qué bueno sería que releyésemos y recordásemos las enseñanzas tan bellas y profundas que nuestro querido D. Marcelo nos dejó sobre la liturgia. ¡Qué testimonio tan rico nos dejó en este campo! ¡No lo remitamos al olvido!

25. Al hablar de sacramentos y de liturgia, y al hablar de experiencia de Dios, como estoy insistiendo en esta Carta y reclama nuestro Plan Pastoral, hemos de poner especial empeño en centrar la vida de nuestras comunidades y la vida de cada uno en la Eucaristía. Sin menoscabo de la carta Pastoral que os escribiré, en su día, con ocasión del Año Eucarístico, convocado por el Santo Padre, el Papa Juan Pablo II, quiero recordaros ahora algunos aspectos y subrayar la necesidad que tenemos de la Eucaristía para una Iglesia con vida capaz de vivificar nuestro mundo.

Es preciso que recordemos y tengamos muy presente, como dice el Papa Juan Pablo II, que "la Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia. Ésta experimenta con alegría cómo se realiza continuamente, en múltiples formas, la promesa del Señor: 'He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo' (Mt 28,20); en la sagrada Eucaristía, por la transformación del pan y el vino en el cuerpo y en la sangre del Señor, se alegra de esta presencia con una intensidad única. Desde que, en Pentecostés, la Iglesia, Pueblo de la Nueva Alianza, ha empezado su peregrinación hacia la patria celeste, este divino Sacramento ha marcado sus días, llenándolos de confiada esperanza. Con razón ha proclamado el Concilio Vaticano II que el Sacrificio eucarístico es 'fuente y cima de toda la vida cristiana'. 'La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo'. Por tanto la mirada de la Iglesia se dirige continuamente a su Señor, presente en el Sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor" (Ecclesia de Eucaristía, 1).

Hacia ahí, hacia la Eucaristía, ha de dirigirse nuestra mirada y nuestro corazón, de cada uno y de todas las comunidades y de la diócesis. En la Eucaristía, sacramento por excelencia del misterio pascual, está en el centro de la vida eclesial (EdE, 3), de nuestra diócesis y de todas las parroquias y comunidades eclesiales. En la Eucaristía es donde se vive en toda verdad y densidad la experiencia de Dios. Cristo vivo, Hijo de Dios y Dios con nosotros, en persona, presente en la Eucaristía, nos adentra en la más genuina y real experiencia de Dios; nuestras comunidades y cuantos formamos la iglesia diocesana no viviremos cuanto entraña la experiencia cristiana de Dios si no participamos, celebramos, y vivimos como se requiere la Eucaristía.

Necesitamos celebrar y vivir la Eucaristía, participar de ella y vivir de ella, para vivir y fortalecer la experiencia de Dios, para estar con Cristo, ser de Cristo y vivir en Él. Necesitamos que esté en el centro de nuestra vida y en el centro de todas y cada una de las comunidades que son nuestra Iglesia diocesana. Hay que celebrar el misterio del Amor eucarístico para insertarlo más profundamente en la vida y en la historia de nuestro pueblo, sediento de Dios, de valores espirituales, de solidaridad y de justicia; para que nuestro amor a Dios y a los hermanos tome fuerza y vigor y nos haga avanzar en el camino que siembra de vida y amor este mundo nuestro. Necesitamos la Eucaristía porque ésta es horizonte y meta de la proclamación del Evangelio, fuente y cumbre de toda evangelización (PO 5).

Si la Eucaristía ha de ocupar el centro de la vida de las comunidades y de los fieles cristianos, en los sacerdotes esta centralidad ha de serlo de manera especial por la íntima vinculación existente entre el sacerdocio ministerial con el misterio eucarístico: somos instituidos sacramentalmente sacerdotes para ser ministros de la Iglesia, que hace la Iglesia; si la Iglesia

vive y se alimenta de la Eucaristía, los sacerdotes habremos de vivir y alimentarnos especialmente de ella; por esto precisamos vivir tan vivamente el misterio eucarístico, la espiritualidad eucarística que es inseparable de la espiritualidad específicamente sacerdotal que se unifica en la caridad pastoral que brota del sacrificio eucarístico, centro y raíz de toda la vida del presbítero "de suerte que el alma sacerdotal se esfuerce en reproducir en sí misma lo que se hace en el ara sacrificial" (PO 14): "Imita lo que conmemoras", se nos dice el día de la ordenación.

No dejemos los sacerdotes nunca la misa diaria aunque la celebremos solos; preparémonos bien para celebrarla, celebrémosla bien como si fuera la primera y última misa, demos gracias tras ella, vivamos la adoración eucarística, pasemos muchos y largos ratos ante el Sagrario, seamos modelo para los fieles en cuanto se refiere a la Eucaristía; seamos unos apasionados de ella, como san Juan de Ávila, o el Santo Cura de Ars, o el Papa Juan Pablo II, o nuestro querido D. Marcelo, que nos dejó tan ricas y alentadoras palabras sobre el misterio eucarístico y los sacerdotes.

Y si esto digo de nosotros, sacerdotes, iqué no diría de los seminaristas!: el seminarista que en el seminario no vive de la Eucaristía, no se apasiona por ella, no se pasa largo tiempo ante el Sagrario, no debería ser su camino el sacerdocio. Gracias a Dios en nuestros seminarios, tanto en el mayor como el menor, una de sus características es su sentido eucarístico: pero nunca es bastante insistir y avanzar en este aspecto.

Es muy necesario, sobre todo en el contexto de la sociedad secularizada en que vivimos, volver a explicar a los fieles, en la predicación y en la catequesis, siguiendo el Catecismo de la Iglesia Católica y las enseñanzas de los Papas, de manera particular la Encíclica "Ecclesia de Eucaristía", cuanto se refiere al misterio eucarístico, de manera que se pueda adquirir y mantener íntegra la certeza sobre la naturaleza y el significado profundo de la Eucaristía en sus diferentes aspectos. Los niños y, especialmente, los jóvenes han de ser educados en cuanto se refiere a la Eucaristía; muchas veces no participan en ella, entre otras razones, porque no "la entienden", están ajenos de alguna manera a lo que es.

Este año en el que la mirada de toda la Iglesia se dirige a la Eucaristía, habrá de ser una ocasión privilegiada para formar a todos los fieles de todas las edades en este misterio central de nuestra fe. Junto a las catequesis y a la predicación, junto a los materiales que se ofrezcan, no podemos olvidar que para la mejor educación en este campo es imprescindible la participación en la celebración de la Eucaristía y en el cuidado de las celebraciones, especialmente de la Eucaristía de los domingos.

Como decía el Papa al comenzar el nuevo milenio, "es preciso insistir en este sentido, dando un realce particular a la Eucaristía dominical y al domingo mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana ..." (NMI 35). Debemos esforzarnos con todo ahínco, pedagogía y constancia, en que "la participación en la Eucaristía sea, para cada bautizado, el centro del domingo. Es un deber irrenunciable, que se ha de vivir no sólo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente. Estamos entrando en un milenio que se presenta por un profundo entramado de culturas y religiones "y de verdadero exilio en un mundo y cultura secularizados" incluso en países de antigua cristianización. En muchas regiones "podríamos añadir ya en pueblos nuestros que están creciendo tanto, en urbanizaciones nuevas" los cristianos son, o lo están siendo, un 'pequeño rebaño' (Lc 12,32). Esto les pone ante el reto de testimoniar con mayor fuerza, a menudo en condiciones de soledad y dificultad, los aspectos específicos de su propia identidad... La Eucaristía dominical, congregando semanalmente a los cristianos como familia de Dios entorno a la mesa de la palabra y del Pan de vida, es también el antídoto más natural contra la dispersión. Es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente. Precisamente a través de la participación eucarística, el día del Señor se convierte también en el día de la Iglesia, que puede desempeñar así de manera eficaz su papel de sacramento de unidad" (NMI 36).

Es preciso y urgente recuperar el domingo, tener imaginación creadora para llevar a cabo cuanto está entrañado y exige este Día; siempre, singularmente, en los primeros tiempos, el domingo ha ocupado un lugar central en la Iglesia y en las comunidades; cuando el domingo "decae" es que

ha "decaído" la comunidad. Son necesarias iniciativas nuevas, por ejemplo "las escuelas dominicales" o "los oratorios". Si damos pasos en la revitalización del domingo, habremos dado también pasos muy importantes en la nueva evangelización y en el fortalecimiento de la experiencia de Dios.

Para esta revitalización del domingo, urge una "buena y digna" celebración de la Eucaristía, singularmente los domingos y fiestas, en los que se reúne el conjunto de la comunidad cristiana, de modo que tanto los fieles como los sacerdotes puedan vivir el misterio eucarístico en toda su riqueza y así se renueve y fortalezca la vida cristiana de todos. Es necesario insistir en este punto, pues de cómo vivamos la Eucaristía, de cómo nos situemos ante ella, de cómo la celebremos, depende muy mucho que haya vitalidad cristiana en nuestras comunidades. El vigor de una comunidad se refleja en cómo celebra la Eucaristía. Esta ha de marcar el camino de aquélla.

Necesitamos, por ello, cuidar exquisitamente y vigorizar las celebraciones dominicales. Hay que cuidar su preparación con la oración personal y comunitaria sobre la base de los textos bíblicos y litúrgicos. Hay que hacer, como ya he dicho, una buena catequesis de la Eucaristía y redescubrir la riqueza insondable del misterio eucarístico, para vivirlo cada vez más hondamente y que penetre enteramente en nuestras vidas. No deberíamos olvidar que la mejor catequesis eucarística es la misma celebración: pero no sólo la mejor catequesis "eucarística", sino sencillamente la mejor catequesis y la mejor predicación, -no me refiero ahora a la homilía- el mejor, el más amplio cauce y medio de comunicación de la fe. Si nos diésemos cuenta lo que significa en España, para la evangelización de España, el que cada domingo participen en la Eucaristía cerca de diez millones de fieles. No podemos perder este momento, y por ello necesitamos cuidar las eucaristías dominicales en todos sus aspectos y detalles, también, por supuesto, la homilía. Una "buena" celebración es la mejor catequesis de todo el misterio y acontecimiento cristiano.

Hay aspectos que deberíamos cuidar, como : la participación de los fieles que han de proclamar las lecturas, hacer las moniciones o animar los cantos; el silencio orante y el clima profundamente religioso y gozoso en toda la celebración; las moniciones, en frases breves y bien pensadas, que tengan sentido catequético y exhortativo y ayuden en la celebración y en la vida de fe; la expresividad de los gestos; la proclamación preparada y bien hecha de la Palabra, sin improvisaciones y sin suprimir ninguna lectura: lo importante es la Palabra de Dios - Dios que habla y le prestamos nuestra voz- , que se oiga bien la Palabra, que se pueda escuchar con atención e interés; la homilía, preparada seriamente con la oración y el estudio y hecha con esmero y 'verdad'; el modo de presidir, de 'estar'; el esfuerzo en la unidad eclesial de la celebración, que entraña fidelidad a las orientaciones y normas litúrgicas de la Iglesia, signo y pedagogía del misterio de comunión que es la celebración eucarística: no hay que caer en un rubricismo, pero tampoco podemos saltarnos las normas de la Iglesia, que son expresión de comunión y están al servicio de ella, no somos dueños de los sacramentos ni de la disciplina litúrgica: en este sentido es preciso que conozcamos bien, que asimilemos y apliquemos con total adhesión las normas y directrices de la reciente Instrucción de la Congregación para el Culto Divino "Redemptionis Sacramentum".

Entre los aspectos que me permito subrayar está el de los cantos. Han de ser escogidos cantos sencillos que puedan cantar todos los miembros de la asamblea, que tengan hondura religiosa y contenido serio, calidad musical; hay algunos cantos que no deben cantarse nunca por carecer de sentido religioso, por su escasa o nula calidad musical, por falta de contenido o porque su contenido desfigura o diluye la fe cristiana. El canto no es para amenizar: es oración, es alabanza, es respuesta a las maravillas de Dios por parte de toda la asamblea. El Cantoral Litúrgico nacional ofrece una buena selección de cantos; atengámonos a él. En todo caso téngase en cuenta que el salmo responsorial no puede ser sustituido nunca por una canción no sálmica; que la letra del "Santo" debe ser la aclamación que hace la Iglesia y no otra; que si se canta el "Padre Nuestro" ha de ser con las palabras que el Señor nos enseñó y no con otras y que, tras la monición del sacerdote, no cabe ningún canto que no sea la oración dominical; que no debería cantarse en el gesto de la paz y que, si se hace, se haga con letras con entidad y sin asomo alguno de cursilería.

Es necesario promover los coros que animen a toda la asamblea cristiana a cantar y que no la suplanten. A veces, coros pequeños o grandes corales suplantan al Pueblo de Dios y se convierten en "amenizadores" de una celebración o en espectáculo. Lo importante es el misterio que se celebra; el coro es un instrumento para la celebración. No convirtamos, pues, las celebraciones en espectáculo. Es necesario que las parroquias tengan un "equipo de animación litúrgica" que cuide la preparación, las moniciones, los cantos, las lecturas. En resumen, es preciso "mejorar" nuestras celebraciones eucarísticas, y dentro de esta "mejora", los sacerdotes no olvidemos de cuidar nuestra predicación, que es algo tan fundamental, como bien sabéis.

No olvidemos, además, que "al celebrar la Eucaristía entramos más intensamente a formar parte, de una manera real y visible, del misterio de la Iglesia. Por esta razón es muy importante que en estas celebraciones quede siempre manifiesta la unidad objetiva de la Iglesia local y universal... Cuando se pretende adaptar estas celebraciones a la sensibilidad o a las preferencias de un grupo determinado de cristianos, es preciso respetar siempre la objetividad de las formas y los textos litúrgicos. Así se evitará el riesgo de olvidar la primacía de la Iglesia y de su necesaria mediación que purifique y universalice nuestra fe y piedad liberándolas de las influencias parciales o de los vaivenes transitorios (Conferencia Episcopal Española, Testigos del Dios vivo, 48)

Os anuncio, para concluir con esta cuestión principal de la Eucaristía, que, dentro de nuestro Plan Pastoral, si Dios quiere, celebraremos el próximo año, 2005, un Congreso Eucarístico diocesano, con sus fases parroquiales, arciprestales y diocesana, ésta última se celebrará en torno al Corpus, y concluirá el Congreso en la segunda quincena de junio. Será una ocasión espléndida y un gran acontecimiento de gracia que nos permitirá ahondar más y vivir mejor en lo que se refiere a la Eucaristía.

26. También este año, en orden al cultivo y fortalecimiento de Dios, a acentuar en nuestra vida la acción de Dios y de su gracia, a destacar el primado de la gracia divina en todo, a centrar nuestra vida en Él y en la salvación que viene de Él y es obra suya, a la santificación de los que formamos la Iglesia diocesana, a una vida interior más honda y en orden a una vida cristiana más auténtica y firme, es preciso que prestemos especial atención al resto de los sacramentos. Para ello es muy importante que conozcamos bien y asimilemos los "prenotanda" a los distintos Rituales sacramentales; también nuestro Sínodo diocesano ofrece orientaciones preciosas y precisas sobre los sacramentos, su celebración y la acción pastoral en torno o en orden a ellos. Los sacramentos de Iniciación cristiana así como la pastoral correspondiente serán objeto de orientaciones concretas y precisas en su momento: me consta cómo los sacerdotes sufrís no poco en este terreno; sabed que os comprendo, y, hasta tanto tengamos dichas orientaciones, podéis acudir al borrador que sobre la pastoral de iniciación cristiana entregué al Consejo del Presbiterio.

Permitidme que haga una referencia, aunque sea breve, al sacramento de la penitencia. Me alegra mucho -y doy gracias a Dios por ello, así como a los sacerdotes y a los fieles- que en nuestra diócesis de Toledo se mantenga con bastante vigor el Sacramento de la Penitencia. Es una de las muchas riquezas de nuestra diócesis. Pero no nos podemos quedar tranquilos ni relajarnos en este terreno. Con el Papa, deseo pedir a todos "una renovada valentía pastoral para que la pedagogía cotidiana de la comunidad cristiana sepa proponer de manera convincente y eficaz la práctica del Sacramento de la Reconciliación" (NMI 37).

En algunas partes, ningún otro sacramento se ha hecho más extraño a los propios cristianos que el de la Penitencia. Sin embargo, es tan necesario, tan consolador, y tan luminoso, tan esperanzador y de renovación! ¡Estamos tan necesitados de reconciliación, estamos tan faltos del perdón divino que nos salve y restaure, necesitamos tanto la purificación interior! Sin la palabra de reconciliación que viene de Dios, sin la gracia de su perdón, sin su misericordia infinita que se nos da en el sacramento y nos restablece en nuestra vida de gracia, nuestros intentos de reparar el alma enferma resultan insuficientes.

La verdadera reforma y renovación de la Iglesia vendrá por un fortalecimiento de este sacramento entre los cristianos. No habrá verdadera reforma eclesial si poco a poco debilitamos este sacramento y la conciencia de su necesidad: sólo Dios perdona nuestros pecados que impiden el que la Iglesia se muestre como transparencia de Dios en el mundo. Por ello, ruego

encarecidamente a sacerdotes y fieles que avancemos más y más en este terreno y que nunca retrocedamos en él, que sigamos en este punto las directrices y enseñanzas de la Iglesia: ahí está nuestro futuro, con toda certeza. Es muy aconsejable que releamos de nuevo la Exhortación apostólica *Reconciliatio et poenitentia*, o la Instrucción Pastoral *Dejaos reconciliar con Dios*, de la Conferencia Episcopal.

27. Nuestro plan pastoral prevé también el cultivo de una espiritualidad recia en todos los ámbitos y carismas de la Iglesia y conforme carácter de esos distintos carismas o estados de vida: el de los sacerdotes, religiosos y religiosas, personas consagradas, el de los fieles cristianos laicos. Todos compartimos una espiritualidad común, que es la espiritualidad de los bautizados, pero los distintos miembros del pueblo de Dios vivimos esta espiritualidad común en una espiritualidad diferenciada según sea el estado de vida eclesial propio. A todos nos es común una espiritualidad, en la diferenciación, que entraña el seguimiento de Cristo por el camino de las bienaventuranzas y la fuerza y sabiduría que el Espíritu infunde en nosotros.

En todos los estados de vida hemos de cultivar y afianzar la espiritualidad que corresponda, conforme a las directrices y enseñanzas de la Iglesia. Distintos Sínodos universales se han ocupado de los diversos estados de vida; de ellos han emanado las distintas Exhortaciones Apostólicas del Papa Juan Pablo sobre ellos. Es muy necesario que en estos momentos ahondemos en estos distintos documentos: los sacerdotes en *Pastores Dabo vobis*; los religiosos, religiosas y personas consagradas, en *Vita Consecrata*; los seglares, en *Christi Fidelis Laici*; y las familias, en *Familiaris Consortio*. En todas estas Exhortaciones, si las secundamos, encontramos abundantes, ricas, certeras y empeñativas orientaciones para fortalecer la espiritualidad en cada uno de los estados, para hacer de ellos gentes que sean testigos valientes del Evangelio, amigos fuertes de Dios, trabajadores incansables en los duros trabajos del Evangelio, apóstoles decididos, constantes e infatigables, verdaderos luchadores en la causa del Evangelio que es la causa de Dios, verdaderos e intrépidos testigos, "mártires", de Dios vivo, como reclaman los tiempos difíciles que nos ha tocado vivir.

Para alcanzar esa espiritualidad, que como toda obra del Espíritu nos da fortaleza y fuerzas para trabajar y luchar hasta el final de la jornada en la viña del Señor, o en el campo inmenso de la humanidad, se ha de alimentar, por supuesto, de la Palabra de Dios, de los sacramentos, de la oración, de la gracia de Dios. Y también, de una formación bien fundada en los diferentes aspectos de la fe y de la vida cristiana. Una formación que requiere conocimiento, estudio, ejercicio de la razón que reclama el mismo y propio conocimiento de la fe. Hay mucha ignorancia de la fe y de la moral de la Iglesia, grandes lagunas sobre aspectos básicos de la doctrina cristiana, o incluso visiones erradas en el intento de acomodar la fe a lo "moderno, a nuestro mundo", por ejemplo en lo que respecta a Dios creador ya la creación misma, al pecado original, al misterio de la persona y redención de Jesucristo, al hecho y verdad de su resurrección corporal, al misterio de la Iglesia, a las postrimerías, singularmente a la resurrección de la carne y al juicio final o a la realidad del cielo, del infierno o del purgatorio, a aspectos morales fundamentales, a la ley natural, etc; se desconoce bastante la historia de la salvación y la historia de la Iglesia; se vive, con frecuencia, una fe demasiado endeble, sin fundamentos suficientes, sin base para dar razones de lo que creemos y hacemos.

Hay que volcarse, en consecuencia, en un gran esfuerzo de catequización en nuestra diócesis en todos los ámbitos y niveles para un mayor conocimiento de Dios y de su designio, y así para una mejor y más vigorosa experiencia de Dios, que no se dará sin este conocimiento. El Catecismo de la Iglesia debe ser utilizado más y ser conocido mucho mejor: en él tenemos el mejor instrumento para atender a esta necesidad. Necesitamos urgentemente una buena catequesis y una buena y sólida formación moral.

Este año podríamos o deberíamos prestar especial atención, siguiendo el Catecismo, a la catequesis sobre Dios, Dios Creador, Dios como Dios, es decir como santo y misericordioso, Origen, Guía y Meta de todo lo creado, altísimo y juez, al tiempo que más cercano a nosotros que nuestra propia intimidad, todopoderoso en su amor infinito, providente y actuante en nuestra historia, que se nos ha dado conocer como en sombra o huella en la creación, y en toda su gloria en Hijo, hecho hombre, concebido y nacido de la Virgen María por obra del Espíritu Santo. Al mismo tiempo, habría que enseñar los principios morales fundamentales, qué es lo bueno y lo malo, cómo se forma la conciencia, cómo no es la decisión de cada uno, cómo es Cristo el

fundamento y criterio de la moral. Hay mucha perplejidad en estos temas, y, además, el pueblo cristiano, con frecuencia, se ha dejado ganar por los criterios errados que están en el ambiente. Un esfuerzo en este terreno, bien merece la pena.

Como siempre, pero con características especiales y nuevas hoy, el mundo de hoy nos pide razones, es necesario dar razones de la esperanza de la fe que nos anima. La fe cristiana apela a la razón. Nada más contrario a la experiencia cristiana de Dios que el fideísmo o la llamada "fe del carbonero". Como decía Chesterton: "para entrar en la Iglesia uno se quita el sombrero, pero no la cabeza". Algunos, tal vez por pereza o por ignorancia, creen que no necesitan formarse, que no necesitan fundamentar su fe; así, a la menor dificultad, se derrumban; edifican sobre arena, y enseguida se tambalean, si no caen, ante la más pequeña dificultad que hoy pone nuestro mundo y nuestra cultura.

Vivimos en una sociedad del conocimiento, y también debe darse este conocimiento en el terreno de la fe. Por eso, la presencia de la razón en la fe es una de las tareas más urgentes en la Iglesia de nuestro siglo. "La fe no puede retirarse dentro del propio caparazón de una decisión que ya no tiene que ser fundamentada, no puede reducirse a una especie de sistema de símbolos en el que se acomoda pero que finalmente continúa siendo una elección casual entre otras visiones de la vida y el mundo. Ella necesita del amplio espacio de la razón... La llamada a la razón es una gran tarea de la Iglesia precisamente hoy, pues allí donde fe y razón se separan una de la otra, enferman las dos. La razón se vuelve fría, se vuelve cruel porque ya no hay nada sobre ella... Pero también la fe enferma sin un espacio amplio para la razón. Vemos en nuestro presente con profusión qué graves estragos pueden surgir con una religiosidad enfermiza" (J. Ratzinger).

Por supuesto que esto se ha de propiciar y cultivar con la formación sólidamente fundada que reciban los sacerdotes en sus años de formación en el Seminario y en el Instituto Teológico o posteriormente en la formación permanente. Igualmente se ha de garantizar y consolidar a través del Instituto Superior de Ciencias, creado el curso pasado en nuestra diócesis. Pero también, para todos, la diócesis, en la Catequesis, de todas las edades, especialmente de adultos y jóvenes, basada, como he reiterado, en el Catecismo de la Iglesia Católica, ha de formar a gentes firmes y arraigadas en la fe: potenciar, pues, la catequesis o formación con solidez y razonada es una exigencia grave para todos los cristianos y para la Iglesia diocesana.

Junto a estos medios de formación, la Diócesis, prosiguiendo lo que se venía haciendo a través de distintos cauces o escuelas y con el fin de articularlos entre sí y buscar una mayor unidad y comunión, al tiempo que trata de responder a las exigencias de formación para unos cristianos militantes, agentes de pastoral en distintos campos, va a ofrecer el cauce, renovado y potenciado, de la "Escuela diocesana de formación teológica y pastoral", con distintas sedes, a partir de este mismo curso. Con ella vamos a intentar desplegar un gran esfuerzo de formación de los cristianos para la "militancia" cristiana y para la asunción de tareas de responsabilidad evangelizadora o educativa en la Iglesia, o para fortalecer su presencia en el mundo. La formación de los fieles laicos es un elemento fundamental e imprescindible siempre, y particularmente apremiante en el momento presente. Se trata de una formación integral, donde la dimensión espiritual ha de ocupar un puesto privilegiado en la vida de cada uno. Y, junto a ella, una formación doctrinal o "teológica", de la fe que busca comprender también con la razón y razonar.

Cada día es más urgente esta formación teológica de los laicos, no sólo por el natural dinamismo de profundización de su fe, sino también por la exigencia de dar razón de la esperanza que les anima. Es indispensable, así mismo, la formación de la conciencia social y el conocimiento de la doctrina social de la Iglesia, que está en la entraña misma del ser cristiano y de su actuación en las realidades sociales, políticas y culturales. Toledo necesita responder a este reto; necesitamos de un cauce como esta Escuela Diocesana de formación teológica y pastoral, con diversas sedes, donde se vayan preparando, de manera muy especial las nuevas generaciones, para su acción misionera y apostólica, y para su presencia en la vida pública, social, profesional, política, cultural y familia.

Quienes, conscientes de su fe y de la misión activa de todos los miembros de la Iglesia, quieren actuar cristianamente y sienten las exigencias de comunicar el Evangelio, encontrarán un lugar

adecuado en esta Escuela diocesana, donde se impartirán enseñanzas que les capacite para la obra de evangelización, para la acción catequética, para otras acciones pastorales, o sencillamente para actuar en el mundo conforme a la doctrina social de la Iglesia, y, en todo caso, para dar razón de la fe que les anima. En ella se va a ofrecer un cauce de formación que comprende los núcleos centrales de la Sagrada Escritura, de la Teología, de la acción pastoral y de la doctrina social de la Iglesia. De este modo, al tiempo que se proporcione una visión sintética y orgánica de los contenidos fundamentales de la fe cristiana, se haga posible, así mismo, una preparación específica en los distintos campos pastorales y se capacita para una presencia, desde la fe, de los católicos en la sociedad.

Es necesario subrayar la formación de los catequistas. Llevar a cabo un generoso esfuerzo en este terreno es algo prioritario en nuestra Iglesia diocesana. Es importantísimo, imprescindible, que los catequistas se preparen bien, que se formen lo mejor posible para llevar a cabo la fundamentalísima acción de la catequesis. No podemos olvidar que la catequesis es nuestra mejor inversión para el futuro, y esta requiere la formación adecuada de cuantos van a impartirla en las diferentes comunidades. Por esto es prioritaria la atención y la formación de los catequistas. En estos momentos, junto al mejorarla, y precisamente para mejorarla, la atención y la formación de los catequistas es algo en lo que debemos emplearnos de lleno. De ahí la importancia de esta Escuela Diocesana, cuyo decreto de creación, programas y puesta en marcha se dará noticia en breve.

En la época compleja que vivimos esta formación ha de ofrecer una visión total de los núcleos centrales de la fe y la práctica cristiana; ha de permitir una mejor comprensión de la fe; y ha de ofrecer una teología positivamente eclesial, hecha desde la Iglesia, en comunión con ella y al servicio de su vida y de su crecimiento. La formación teológica está llamada a proporcionar una reflexión sistemática sobre los problemas últimos del hombre y del mundo contemporáneos y ha de analizar desde la fe los nuevos problemas que plantean el cambio de la sociedad y las nuevas corrientes de pensamiento. Una formación adecuada exige responder a las cuestiones que presenta la fe al hombre de hoy y a las cuestiones que se le presentan a la fe desde la situación que nos es dado vivir. También es propio de esta misma formación alimentar la vida cristiana, fortalecer la experiencia religiosa, conducir a una inserción viva y dinámica en la misión de la Iglesia y de la renovación eclesial, fortalecer la comunión. Todo esto conlleva, además, posibilitar, a través de esta formación, un lenguaje apto para comunicar el mensaje cristiano teniendo presente la situación contemporánea y las necesidades de los hombres y de acuerdo con la tradición viva de la Iglesia.

Estamos viviendo un tiempo en el que quizá no baste con decir "hago lo que puedo"; sino que a la vista de las urgentes necesidades de evangelización, de catequesis y de presencia activa de los católicos en la Iglesia y en la sociedad, tenemos que capacitarnos lo mejor posible para poder hacer lo que debemos hacer hoy. Una nota que no quiero olvidar de esta Escuela Diocesana de Formación Teológica y espiritual, es que no ha de ser un mero centro académico, sino un lugar de Iglesia, de experiencia y comunión eclesial, de encuentro también y de experiencia de Dios, donde se cultive, por lo mismo, y se consolide la experiencia de Dios: así colaborará en esa espiritualidad apostólica y "militante" de los que usen este cauce.

28. No podemos olvidar aquí, ahora ni nunca que para propiciar, posibilitar, consolidar y fortalecer la experiencia de Dios es necesaria la oración. No hay experiencia de Dios ni de su Evangelio sin la oración. Quien no ora, quien no invoca a Dios como a un Tú personal, quien no tiene trato de amistad con Aquel que sabemos nos quiere, no es creyente, no es cristiano. La oración "es la que primero hace a los cristianos. En la oración experimentamos el primado de la gracia: Dios siempre nos precede. El cristianismo no es un moralismo, algo hecho por nosotros. Primero es Dios es el que se acerca a nosotros, después podemos ir con Él, entonces serán liberadas nuestras fuerzas interiores. Y la oración nos permite experimentar el primado de Cristo, el primado de la interioridad y de la santidad. A este respecto el Papa pone una pregunta digna de consideración: 'Cuando no se respeta este principio, ¿ha de sorprender que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un humillante sentimiento de frustración?'. Hemos de aprender de nuevo el primado de la interioridad por encima de todo nuestro activismo, el componente místico del cristianismo tiene que ganar fuerza otra vez" (J. Ratzinger). Sólo una Iglesia orante será una Iglesia con vida: ¿de dónde surgen las vocaciones, el

impulso apostólico y evangelizador, la presencia cristiana de verdad y comprometida cristianamente en el mundo, si no es de vida y personas orantes?

Todos debemos orar. Todos necesitamos volver al Señor y dejarnos convertir por Él, escucharle a Él, dejarle a Él ser Dios, Señor y Dueño nuestro, dejar que Él actúe en nosotros, contemplarle y adorarle, para así llegar a ser testigos suyos y de su Evangelio, que anuncian lo que han visto y oído, para anunciar a los cuatro vientos lo que hemos escuchado en la intimidad de trato con Él, estando con él sosegadamente y no de manera fugaz. No cesemos de orar; es necesario en todo tiempo y sin desfallecer (Lc 18,1). Oremos, y así formaremos, o mejor Dios formará, mediante la oración, nuestras vidas. A todos os invito a orar, a que nos tomemos de una voz por todas la oración, a que no pase este año pastoral sin haber intensificado y mejorado la oración en cada uno y en las comunidades cristianas, que si son cristianas, han de ser comunidades orantes: "permanecían unidos en la oración", leemos en el libro de los Hechos de la comunidad cristiana primera; en oración estaban cuando irrumpe la fuerza del Espíritu y lanza la Iglesia para llevar a cabo su misión.

La invitación a orar es la más importante que os puedo hacer en estos tiempos de secularización y de eclipse de Dios, o de considerar a Dios como una realidad o idea abstracta e impersonal. La oración es el test de nuestra fe. El olvido de la oración es olvido de Dios; y el olvido de Dios es olvido del hombre; necesitamos la oración para acercarnos al hombre, y servirle. Es la oración servicio grande y aportación necesaria para nuestra humanidad, es garantía de humanización de nuestro mundo, porque es la garantía de recuperación de lo humano, de la verdad del hombre: "No sólo de pan vive el hombre" (Mt 4,4), y no sólo con las cosas temporales, ni sólo con la satisfacción de las necesidades materiales, con las ambiciones o con los deseos, el hombre es hombre. "No sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". ¡Si debemos vivir esta palabra, palabra divina, es necesario orar sin desfallecer!" (Juan Pablo II).

Os lo digo con el corazón en la mano y con todo el apremio y urgencia de que soy capaz. Debemos orar. Necesitamos orar. Es preciso que intensifiquemos la oración más y más nuestra diócesis. Si no, estamos perdidos, y no aportaremos nada, ni construiremos nada: "Si Dios no edifica, en vano nos cansaremos en edificar". Vuestro Obispo necesita y debe orar, orar más, "sin desfallecer", de otra suerte no será un buen Obispo. Dedicarse más a la oración, como los Apóstoles (Hech 6,4), ser de los primeros orantes de la diócesis. También los sacerdotes necesitan orar sin desfallecer, tener trato de amistad con el Señor para que su palabra sea la que le han escuchado a Él; orar por su pueblo y así amarlo: "este es el pastor que ama su pueblo, él ora mucho por él".

Queridos hermanos sacerdotes: que no nos falte tiempo ni a vosotros ni a mí para la oración, para la oración personal -¡qué menos que una hora diaria!- para la oración litúrgica de las Horas que hacemos en nombre de la Iglesia, para el rezo del santo Rosario u otras oraciones; orar intercediendo por nuestro pueblo: somos sacerdotes que interceden por los hombres, somos mediadores entre Dios y los hombres por la oración. Tengamos la certeza que si oramos así, de tiempo, y bien, seremos otros, trabajaremos mejor, llegaremos a más, conoceremos más y mejor a Dios como se conoce a las personas en el trato de amistad, Dios actuará en nosotros, nos conformaremos con su voluntad, veremos con los ojos de Dios, secundaremos mejor sus designios, conoceremos mejor a los hombres como Dios los quiere, y tantas cosas más. Apremia orar, si queremos ser apóstoles, si queremos de verdad evangelizar con nuevo ardor: el "ardor apostólico" brota de la oración. ¡Cuánta responsabilidad tenemos si aflojamos en la vida de oración!. Que nada, queridos hermanos sacerdotes, nos aleje de la oración. No dejemos los retiros mensuales o los ejercicios espirituales de cada año; hagamos de vez en cuando una etapa de "desierto" en nuestra vida, veremos cuán provechoso es. Sigamos el ejemplo de los santos sacerdotes, todos ellos orantes. Es en la oración donde, además, encontraremos vivificada la alegría de nuestro ministerio, el entusiasmo pastoral y la esperanza y confianza en Dios que es quien nos ha elegido y llamado.

La misma llamada hago a los seminaristas. Que el seminario sea un lugar de oración, de "estar con el señor", de aprender a estar con Él, de configurarse con él a su lado, de fraguarse en la escuela de los grandes orantes, de escucharle a Él y discernir su voz de otras voces para poder decir: " ¡Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad! ¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!". El seminarista que no ora, que no adquiere el gusto de la oración, que no se habitúa a orar, que no

pasa largos ratos en adoración, escucha, contemplación, ante el Sagrario donde está el Señor en persona, debe repensar su camino.

Lo mismo digo de los religiosos y religiosas, de todas las personas consagradas. La revitalización de la vida consagrada depende muy mucho si se cultiva la oración: la oración personal, larga y sosegadamente, y la oración litúrgica. De una manera especial, vosotros y vosotras, hermanos religiosos y religiosas, personas consagradas, estáis llamados a ser testigos y maestros de oración; y más aún en el tiempo que vivimos. La vida de pobreza, castidad y obediencia, obra y regalo de la gracia, se fragua en la oración; vuestra existencia de caridad vivida como signo escatológico en vuestras propias obras y tareas eclesiales conforme a vuestro propio carisma, se fragua en la oración y no se da si no hay una vida orante. Tenéis también especial responsabilidad en la salvación de los hombres, en el testimonio valiente y libre de Dios vivo: sin la oración, todo fallará. En estos tiempos nada fáciles en los que tanto cuesta hablar de Dios a los hombres, habladle a Dios de ellos. No abandonéis la oración, sustituyéndola por la acción: la acción se tornará vacía, os encontraréis solos con la obra de vuestras manos. Enseñad a rezar en vuestros colegios y rezad con los niños y los jóvenes que se os confían, que os vean orar y aprendan, viéndoos, lo importante que es orar; enseñad a rezar y rezad con los enfermos, o con los ancianos, con los pobres a los que de manera tan extraordinaria y con tanto amor atendéis y servís: de la oración, lo sabéis bien, es de donde sacáis la fortaleza para este grandísimo servicio que le prestáis al Señor en los pobres con los que se identifica; orad por ellos, que tan necesitados están.

¿Cómo no agradeceros a los monjes y monjas contemplativos vuestra vida dedicada a la oración y a la contemplación, a la alabanza y a la acción de gracias, a estar con el Señor asumiendo la mejor parte, la intercesión y la expiación, y mostrando con esta vida orante el testimonio de que sólo Dios es necesario, y que contemplar su rostro es saciarnos de plenitud? Como Moisés, no bajéis los brazos orantes. Enseñad a orar, que el pueblo de Dios pueda compartir vuestra oración. ¡Cuánto os debemos, cuánto ayudáis con esa vida orante y contemplativa a la Iglesia y a la humanidad entera, que tanto, tanto, necesita de vuestra oración!" Vuestros monasterios son comunidades de oración en medio de las comunidades cristianas a las que prestáis vuestro apoyo, aliento y esperanza" (Juan Pablo II).

También los laicos debéis orar más, más de lo que se suele orar de manera habitual. La vida de oración es el respiro de nuestras almas. En las parroquias, en las familias, en los movimientos y asociaciones de fieles cristianos laicos, se debe orar más. Debemos hacer en nuestra diócesis una "gran cruzada de oración". "Es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración... Pero sabemos bien que rezar tampoco es algo que pueda darse por supuesto. Es preciso aprender a orar, como aprendiendo de nuevo, este arte de los labios mismos del divino Maestro" (NMI 32), y se necesita enseñar a orar; a orar se aprende orando. Por eso el hincapié y el relieve que se le da a la oración y ayudas para la oración en la vida de las comunidades. Que en las parroquias haya diariamente, tiempos dedicados a la oración, que las gentes puedan acudir al templo parroquial a orar, como recordaba más arriba con palabras de D. Marcelo. Que se ofrezcan instrumentos para la oración, y para iniciar en ella. La cuarta parte del Catecismo de la Iglesia Católica contiene enseñanzas bellísimas y muy sólidas para la oración: acerquémonos a él, pongámoslo al alcance de nuestras gentes; releamos las breves pero enjundiosas páginas de la carta del Papa al comenzar el Nuevo Milenio; acerquémonos también a la escuela de los grandes orantes, como Santa Teresa de Jesús, en el libro de Vida o en el "Camino de Perfección", o san Ignacio de Loyola.

Que nuestras parroquias y nuestras familias sean escuelas de oración; cultivemos la oración familiar en nuestros hogares. Fomentemos entre los fieles, en todas las edades, los ejercicios y retiros espirituales donde se viva la experiencia de oración. Que no dejemos la oración del Santo Rosario, tan importante y sencilla, tan asequible para todos; difundamos el documento del Papa sobre el santo Rosario, especialmente este año que celebramos el ciento cincuenta aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María.

Os pido a todos, sacerdotes, monjes y monjas contemplativas, religiosos y religiosas, personas consagradas, fieles cristianos laicos, ancianos, adultos, jóvenes, niños, enfermos, que oréis de modo especialmente intenso por las vocaciones al ministerio sacerdotal. Necesitamos sacerdotes. la Iglesia los necesita. El mundo los necesita. Para que haya sacerdotes, es necesario

orar, orar mucho e insistentemente, orar con toda confianza y con toda paz: El Señor mismo nos encareció que acudiésemos al Dueño de la mies, pidiéndole que envíe obreros a su mies. Aparte de los momentos especiales que semanal o mensualmente se dediquen en las parroquias y comunidades a esta intención, y los que particularmente cada uno se ocupe de ella, pido que en todas las celebraciones eucarísticas de cada día y en una de las horas mayores de la Liturgia se hagan preces por esta intención. Que se ofrezcan eucaristías por las vocaciones, y que se ofrezcan penitencias para que Dios suscite estas vocaciones y haya jóvenes o niños, o adultos, que respondan con toda decisión y generosidad. Y junto con esta intención, os ruego también que pidáis por las misiones donde hay misioneros de nuestra diócesis, especialmente por la misión de la Prelatura de Moyobamba, que ahora comenzamos a servir y atender.

Todos estamos preocupados por la situación de nuestra patria, por España. Vivimos una especial encrucijada de su historia, para la que necesitamos luz, sabiduría, fortaleza, concordia, y tantas cosas. Por eso os comunico que en nuestra diócesis, al modo como hizo el Papa en Italia hace unos años, vamos a organizar una gran plegaria a lo largo de ocho meses, desde noviembre hasta la clausura del Congreso Eucarístico, por nuestro querido país. De esta iniciativa recibiréis información cumplida y los materiales correspondientes.

29. A través de todo este camino, en el que se avanza en la experiencia de Dios, y donde acontece el encuentro con Él, vamos recorriendo la senda de la santidad, a la que estamos llamados todos. Todo en la Iglesia santa de Dios ha de estar marcado por la santidad, hacia la santidad de sus miembros y hacia la santificación del mundo debe conducir todo en la Iglesia. Su programa y su prioridad pastoral, en los planes pastorales de la Iglesia universal, y de las iglesias diocesanas, - también en la nuestra- ha de perseguir prioritariamente la santidad: "la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad" (NMI 30). Hoy más que nunca es necesario hacer hincapié en esta urgencia, que es fundamento de toda programación pastoral. Sin esto todo se desmorona, nada tiene consistencia.

En los momentos cruciales de la Iglesia han sido siempre los santos quienes han aportado luz, vida y caminos de renovación. También hoy que vivimos un tiempo crucial, necesitamos santos, pedir a Dios con asiduidad santos, y ofrecer modelos de santidad. La vida entera de la comunidad eclesial, la de las familias cristianas, la de todos los cristianos, de cualquier clase o condición, debe ir en esta dirección: la que lleva a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor. El programa de una pastoral de santidad es muy amplio y nadie creo que pueda albergar respecto de él recelo alguno ni tildarlo de escapismo o de fuga hacia un espiritualismo que nos haga desentendernos de nuestro mundo y de las necesidades que urgen y apremian: es ahí donde se encuentra verdaderamente lo que en el Plan pastoral se ha querido denominar: "espiritualidad militante" en cada uno de los estados de vida. Cuando decimos esto, lo mismo que cuando el Papa, con toda su autoridad y responsabilidad de confirmarnos en la fe nos señala este camino prioritario en el comienzo del nuevo milenio, no se nos ocultan los gravísimos problemas que hoy acechan a la humanidad.

Ante el panorama de los gravísimos problemas de hoy y a "estas alturas de modernidad", ¿se puede salir diciendo, como hago ahora poniendo todo mi empeño y persona, que lo prioritario en estos momentos es una pastoral de la santidad?. Sí, precisamente porque este es el panorama de nuestro mundo, y porque ciertamente una Iglesia de santos será una Iglesia, cuyos miembros, unidos a Cristo, serán "amigos fuertes de Dios", testigos de Dios vivo y de su caridad que no tiene límites y de la entrega servicial a los hombres siguiendo el camino que Cristo recorrió, y es El mismo: el camino de la confianza en Dios y del cumplimiento de su voluntad, es decir, el mismo de las bienaventuranzas, retrato que Jesús nos dejó de sí mismo, dibujo de su rostro y descripción concreta de su infinita caridad y de su obediencia al Padre y cumplimiento de su voluntad.

"En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y de la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno, '¿quieres recibir el Bautismo?', significa al mismo tiempo preguntarle, '¿quieres ser santo?'. Significa ponerle en el camino del

Sermón de la Montaña : 'Sed perfectos como es vuestro Padre celestial '(Mt 5,48)" (Juan Pablo II).

Es en los santos donde podemos "ver" de alguna manera a Cristo, donde tenemos experiencia de Él y lo palpamos en toda su cercanía, en toda su obra redentora y transformadora de la vida de los hombres, como testimonio del Dios vivo que es Amor. Los santos, vida ordinaria de los renacidos en Cristo, hombres y mujeres de nuestro mismo barro, reflejan precisamente la vida que El mismo encarnó y vivió históricamente, aquella que los primeros discípulos vieron con sus propios ojos y palparon con sus manos ( Cf. 1 Jn 1,1). Sólo una Iglesia de santos dará a conocer a Jesucristo, origen y meta de una humanidad nueva y verdadera; sólo la vida santa conduce a la experiencia viva del Evangelio del Reino de Dios; sólo con santos será creíble, visible y "seguible" ese mismo Evangelio.

En el umbral del nuevo milenio, ¡no tengamos miedo a ser santos!. Sigamos a Jesucristo que es fuente de libertad, de vida y de amor. Abrámonos al Señor para que Él ilumine todos nuestros pasos. Abrámonos a los dones de la gracia : sólo la gracia y los medios de la gracia nos santificarán; secundemos los medios y caminos que conducen a la santidad. Que Cristo sea en verdad nuestro tesoro más querido. No endurezcamos el corazón, escuchemos su voz : "Sed santos, sed perfectos, como mi Padre celestial es santo, es perfecto y misericordioso". La docilidad a esta llamada suya no mermará en nada la plenitud de nuestra vida : al contrario, la multiplicará, la ensanchará hasta abrazar con nuestro amor los confines del mundo. Así seremos luz de vida y esperanza en medio de esta sociedad ( Cf. Juan Pablo II, Homilía en la canonización de S. Enrique de Ossó, en Madrid). Aquí está el futuro. Este es el camino, el único y verdadero camino del futuro, que se abre ante nosotros en los primeros pasos del nuevo milenio. En este camino de la santidad tenemos un faro luminoso y una guía certera que nos conduce con toda verdad: la Santísima Virgen María, la que fue concebida sin pecado original, la que es Inmaculada y toda Santa.

## **VI. La Virgen María, modelo y guía para la experiencia de Dios y para vivir una vida centrada en Él y en obediencia fiel a Él: santa.**

30. Siempre tenemos que mirar a la Santísima Virgen a la hora de responder a la pregunta sobre lo que tenemos que hacer, como es el caso presente de un proyecto pastoral. Pero este año aun estamos obligados con más razón si cabe a mirar a Santa María, al celebrar el ciento cincuenta aniversario de la proclamación del dogma de su Inmaculada Concepción. La Virgen María es testimonio vivo de la verdad de Dios. Toda ella es manifestación de Dios. Toda su persona y su vida es transparencia de Dios. Ella, con su "he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra", nos muestra que Dios es Dios, que Dios es lo solo y único necesario, que sólo El basta.

Antes y más allá de nuestros deseos y esperanzas, de nuestras necesidades y exigencias, de nuestros intereses y preferencias, Dios es Dios. Así nos lo presenta la Virgen María. Su palabra y su oración, sus gestos y comportamiento están marcados por una referencia radical a Dios. Ha hecho de su vida una entrega sin reserva alguna al querer de Dios, a la misión que Dios le ha confiado, un servicio incondicional a Dios. Con su "hágase en mí según tu palabra", pone en Dios, la vida, el aliento, el destino. Y así proclama la soberanía absoluta del Dios vivo. Dios, centro de la vida. Corazón y cántico, grandeza, humillación y alegría: todo converge en Él. Es la confianza sin condiciones de Santa María lo que nos muestra a Dios tal cual es y desenmascara los falsos dioses que no son más que hechura del hombre, ídolos que esclavizan y que no liberan ni salvan. Cuando María se entrega a Dios para que realice en ella su palabra, no hace más que poner totalmente en acto el amor expresado en aquella confesión de fe que los israelitas repetían diariamente : "Escucha, Israel : El Señor nuestro Dios , es el único Señor". "Dios es el Señor": ahí está el resumen de toda la fe, la concentración de todo el amor.

El clamor de nuestra sociedad necesitada de la luz y de la verdad del Evangelio, que es la luz y la verdad de Dios, encuentran en Santa María el faro que nos conduce hacia esa Luz, ella que es la Esclava del Señor, la llena de gracia, la que es dichosa porque acoge la Palabra de Dios y la cumple, la que es bienaventurada porque ha creído. La Virgen María nos ha enseñado a vivir con la confianza incondicionada puesta enteramente en Dios y nos ha mostrado que el reconocimiento de Dios reclama la acogida y la obediencia fiel, la disponibilidad plena, el amor total y desinteresado, la apertura ilimitada a la voluntad de Dios, la fidelidad inquebrantable por

encima de todo al encargo recibido de Él. Y esto es fuente de dicha, gozo del don y de la gracia, generación de vida, raíz y cumplimiento de la esperanza. Por esto, María, la mujer creyente, puede escuchar aquella bienaventuranza de su prima Isabel : "Dichosa tú que has creído".

Cuando Isabel saludó a la joven pariente que llegaba de Nazaret, María respondió con el canto del Magníficat. Las palabras usadas por María en el umbral de la casa de su prima expresan una inspirada profesión de su fe. La fe de María proclama la grandeza, la soberanía, y el señorío de Dios; le reconoce como el que está en el principio y en el fin de todas las cosas y le confiesa como Aquel que tiene la iniciativa de la creación y de la salvación y el juicio inapelable de nuestras vidas. La fe de María proclama gozosa que Dios es el único poder al que debemos someter nuestra vida y del que podemos esperar la salvación definitiva: se confía en el Señor y no será confundida para siempre; sabe de quién se ha fiado.

María se alegra en "Dios, su salvador": Dios es origen, razón y atmósfera de la propia alegría. La equivocación fundamental de un hombre sería hacerse centro de sí a uno mismo. En las exultantes palabras de María resplandece " un rayo del misterio de Dios, la gloria de su inefable santidad, el eterno amor que, como un don irrevocable, entra en la historia del hombre. María es la primera en participar de esta nueva revelación de Dios y, a través de ella, de esta nueva autodonación de Dios. Por eso proclama : 'ha hecho obras grandes por mí; su nombre es santo` . Sus palabras reflejan el gozo del espíritu, difícil de expresar : 'se alegra mi espíritu en Dios mi salvador` . Porque 'la verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre...resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación` ...Desde la profundidad de la fe de la Virgen en la anunciación y en la visitación, la Iglesia llega a la verdad sobre el Dios de la Alianza, sobre Dios que es todopoderoso y hace 'obras grandes` al hombre: 'su nombre es santo` ... Contra el pecado de la incredulidad o de la poca fe, frente al corazón de la sospecha que el 'padre de la mentira` ha hecho surgir en el corazón de Eva, María proclama con fuerza la verdad no ofuscada sobre Dios: el Dios santo y todopoderoso que desde el comienzo es la fuente de todo don, aquel que ha hecho obras grandes".

La Iglesia, se ve confortada, fortalecida, con la fuerza de la verdad sobre Dios, proclamada con tan extraordinaria sencillez por la Virgen María y, al mismo tiempo, con esta verdad sobre Dios desea iluminar las dificultades y a veces intrincadas vías de la existencia humana. El camino de la Iglesia implica un renovado empeño en su misión que sigue la misión de Aquel que dijo : "Dios me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva". Su amor preferencial por los pobres está inscrito admirablemente en el corazón del canto del Magníficat.

El Dios de la Alianza cantado por la Virgen de Nazaret es el Dios que alza de la basura al pobre, protege al desvalido, defiende al indefenso. "Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los pobres los sacia de bienes y a los ricos los despide vacíos"; Dios defiende la causa de los pobres; los pobres son consolados y los ricos entristecidos; los poderosos abatidos y los caídos ensalzados. Dios rescata la vida de la fosa, colma de gracia y de ternura, sacia de bienes los anhelos; hace justicia y defiende a todos los oprimidos; es compasivo y misericordioso; como se levanta el cielo sobre la tierra, se levanta su bondad sobre sus fieles. Con sus palabras inspiradas, la Virgen María nos manifiesta a Dios al lado de los pobres. Es una sorpresa regocijante para todos los humillados de la tierra recibir la noticia de que Dios les ama y viene a levantar a los hundidos. De la insondable voluntad divina nace su inclinación benevolente a los pobres, porque Dios es bueno. En Dios hay corazón, entrañas de Padre, amor sin límites. En Dios hay ternura y misericordia. Este mensaje es la razón de la esperanza para los decaídos. Esta es la verdad de Dios : Buena Nueva para todos los hombres frente a las amenazas que sobre ellos pesan.

"María está profundamente impregnada del espíritu de los pobres de Yahvé que en la oración de los salmos esperaban de Dios su salvación, poniendo en El toda su confianza. Ella proclama la venida del misterio de la salvación, la venida del Mesías de los pobres. La Iglesia, acudiendo al corazón de María, a la hondura de su fe, expresada en las palabras del Magníficat, renueva cada vez mejor en sí la conciencia de que no se puede separar la verdad sobre Dios que salva, sobre Dios que es fuente de todo don, de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y los humildes...La Iglesia es consciente - y en nuestra época esta conciencia se refuerza de modo particular - de que no sólo no se pueden separar estos dos elementos del mensaje contenido en

el canto de la Virgen, sino que también se debe salvaguardar cuidadosamente la importancia que los pobres y la opción en favor de los pobres tienen en la palabra del Dios vivo".

Por todo ello, María es también Madre de misericordia. Madre de misericordia "porque Jesucristo, su Hijo, es enviado por el Padre como revelación de la Misericordia de Dios. El ha venido no para condenar sino para perdonar, para derramar misericordia. Y la misericordia más grande radica en su estar en medio de nosotros y en la llamada que nos ha dirigido para encontrarlo y proclamarlo, junto con Pedro, como 'el Hijo de Dios vivo'. Ningún pecado del hombre puede cancelar la misericordia de Dios, ni impedirle poner en acto toda su fuerza victoriosa, con tal de que la invoquemos. Más aún, el mismo pecado hace resplandecer con mayor fuerza el amor del Padre que, para rescatar al esclavo, ha sacrificado a su Hijo : su misericordia para nosotros es redención. Esta misericordia alcanza su plenitud con el don del Espíritu Santo, que genera y exige la vida nueva. Por numerosos y grandes que sean los obstáculos puestos por la fragilidad y el pecado del hombre, el Espíritu, que renueva la faz de la tierra, posibilita el milagro del cumplimiento perfecto del bien. Esta renovación, que capacita para hacer lo que es bueno, noble, bello, grato a Dios y conforme a su voluntad, es en cierto sentido el colofón del don de la misericordia, que libera de la esclavitud del mal y da la fuerza para no pecar más. Mediante el don de la vida nueva, Jesús nos hace partícipes de su amor y nos conduce al Padre en el Espíritu" ( VS 118).

La misericordia de Dios nos alcanza, pues, a través de la Virgen María que ha dado a luz al que es la manifestación y entrega de la misericordia de Dios. Al pie de la Cruz, Jesús, su Hijo, nos la entrega como Madre de todos y de cada uno de nosotros, así se convierte en la Madre que nos alcanza la misericordia. Que ella nos ayude a llevar adelante el Plan pastoral si Dios es lo que quiere; que Ella no dé fuerzas para proseguir en algunas tareas cada día más imprescindibles como es el cultivo de las vocaciones sacerdotales, nuestros seminarios, los jóvenes, las familias, los sacerdotes, los pobres, los enfermos, la atención al mundo de la cultura, la nueva evangelización. Que proteja y guarde a la Iglesia que peregrina por las tierras de España, y a España misma. Que Ella, nos mire con esos ojos suyos misericordiosos, y nos ayude a llevar a cabo lo que Dios quiere de nosotros, de la diócesis de Toledo, lo que su Hijo Jesucristo, como en Caná de Galilea también hoy nos diga, con la certeza de que así habremos escuchado la voz del Espíritu que habla a las Iglesias y atendido a la voluntad de Dios, que en medio de nosotros vive y reina por los siglos.

Con mi bendición y afecto para todos.

Toledo, 15 de octubre, de 2004, fiesta de Santa Teresa de Jesús

✠ ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA  
Arzobispo de Toledo  
Primado de España